NOSOTROS

Digitized by the Internet Archive
in 2023

https://archive.org/details/nosotros_1912-01_7_36

Nosotros

REVISTA MENSUAL DE LETRAS
ARTE, HISTORIA Y FILOSOFÍA

(FUNDADA EL 1°. DE AGOSTO DE 1907)

DIRECTORES:
ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO GIUSTI

AÑO VI ⁜ TOMO VII

BUENOS AIRES

1912

KRAUS REPRINT
Nendeln/Liechtenstein
1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden

NOSOTROS

EL CREPÚSCULO DE UN DIOS (1)

ANATOLE FRANCE

A. France define así, en el prefacio á su *Vida literaria,* el papel del crítico: «El crítico es el que narra las aventuras de su espíritu en medio de las obras maestras.» Admitamos que las obras de France sean obras maestras y relatemos las aventuras de nuestro espíritu.

La primera impresión al hojear un libro de France es una impresión de placer. El francés es puro, impecablemente puro; y nos abandonamos á su lectura con la seguridad de que no encontraremos el desentono de una expresión dudosa, de un sentido oscuro ó de una caco-

(1) Debemos el presente artículo á la amabilidad de Juan Pablo Echagüe, quien solicitaba del Señor Glassier una colaboración especial para NOSOTROS. Su autor es un escritor joven, pero ya prestigioso entre los de su generación. Colabora en importantes revistas francesas y está en vísperas de publicar una novela social. El ensayo que nos remite ha de interesar, fuera de duda, á todos nuestros lectores, por las audaces opiniones que en él se exponen sobre la entre nosotros casi indiscutida obra del exquisito creador de Mr. Coignard. Imparcialmente lo publicamos, según nuestra costumbre, sin que ello signifique que nos adhieramos ó no á lo que afirma. Transcribimos á este respecto lo que nos escribe Echagüe: «En todo caso, la opinión de Glassier—justa ó no—es la de muchos jóvenes, y á este título vale la pena de que la conozcan allá los círculos intelectuales». Nuestros lectores dirán. N. de la D.

fonía desagradable. Sus frases son cortas, claras, rítmicas y bellas. Se enlazan sin esfuerzo, suavemente, y nos conducen con igual naturalidad de una á otra, de un párrafo al siguiente, del primer capítulo al segundo.

La primera impresión de nuestro espíritu en los libros de France se traduce en una comparación: uno se imagina viajando en un coche de lujo, que se desliza sin trepidar, bien iluminado por amplias ventanas y donde uno se acomoda confortablemente en muelles y profundas butacas. Y en un principio eso solo basta para sentirse bien. Pero luego no es suficiente. El hombre está hecho así. Por elegante que sea ese coche de tren no satisface al espíritu durante horas enteras. Se necesita variedad y entonces uno empieza á mirar por la ventanilla. La frase de A. France carece de variedad. Pronto sentimos la necesidad de contemplar el paisaje á través del cual nos conduce y advertimos que France observa la regla del estilo favorita de Flaubert: la frase debe ajustarse á la idea.

La expresión de France se ajusta á su idea. Pero su idea no tiene variedad. Nuestro coche de lujo nos lleva por una comarca harto monótona.

Y ante todo el horizonte, el fondo ante el cual se agitan los personajes, en una palabra, la naturaleza cuya variedad es reclamada por nuestra insaciablo sed de novedad, no solaza la obra de A. France, por la Razón única de que no existe en ella. Los personajes no la ven.

Silvestre Bonnard ha estado en Italia, en Nápoles, en la ciudad que ha suscitado, talvez, no sin exceso, pero también no sin razón, las expansiones poéticas de todos los que la han visitado. La grandiosa bahía, la sombra color lila de Capri en el cabrilleo del mar, la decoración magnífica y serena de ese país en que la vida parece mejor, todo eso no lo ha visto el señor Bonnard. Ha notado en la Strada di Porto «las frutas que se levantan en altas pilas en los almacenes alumbrados por faroles multicolores» y «algunos enamorados que gustan hermosas frutas mientras permanecen con los brazos enlazando el talle del compañero.» Su impresión dominante es la de ser atropellado. Y se queja amargamente de ello, pero al contrario debería estarle agradecido. En efecto, sin ella no habría sabido que las italianas tienen algunas veces los cabellos negros (1). Eso es todo lo que Silvestre

(1) Le crime de Bonnard, pág. 29.

Bonnard halla en la ciudad que un proverbio italiano compara á la misma vida: «ver á Nápoles y después morir». Y en verdad se podría decir del viejo sabio lo que el señor Bergeret decía de su decano: «esas almas melancólicas que no reflejan nada, esos seres en los cuales el universo viene á paralizarse: es este el aspecto que desconsuela y desespera» (1).

Bonnard es hasta cierto punto perdonable. Tiene una idea fija. Persigue un manuscrito cuya posesión sobrepasa á todos los goces y á todas las bellezas del mundo.

Pero los enamorados de France tampoco conocen el placer de ir con la frente soberbia, con pies jóvenes y con la mirada animada por la codicia de las claras inmensidades. Si es cierto que la naturaleza no es más que un estado de alma, preciso es confesar que su alma es sobrado pobre ó ficticia. No refleja ningún gran espacio; el horizonte está por encima de ella. Necesitan de cosas insignificantes para tener en la mano y observarlas de cerca. Parece que su amor lleva anteojos como un viejo arqueólogo. «Por la mañana, con la cabeza sobre la almohada bordada con un escudo en forma de campana, Teresa pensaba en los paseos de la víspera, en esas vírgenes tan delicadas que rodea un coro de ángeles, en esos innumerables niños, pintados ó esculpidos y que eran bellos todos, felices todos.» Y más lejos: «Vivian enseñaba á su amiga, una vírgen, una flor de lis, una Santa Catalina en una voluta de follage, en las fachadas sórdidas donde pendían de los arambeles rojos algunas joyas de mármol.» (2)

Esta impotencia para pintar la naturaleza se erige en sistema como todas las impotencias conscientes: «Las cosas bellas que he visto están tan presentes en mi espíritu que considero como una saludable fatiga el trabajo de describirlas...» (El crimen de Bonnard).

Algunas veces los personajes de France olvidan donde están, como Bonnard que en los campos Eliseos se cree todavía en su hogar y habla á la sirvienta que ha quedado en la casa.

En suma, la naturaleza no existe en los libros de France. Sin embargo, en una obra en que se agitan personajes, la naturaleza no es solamente materia para descripción, para elucubraciones más ó menos poéticas con

(1) Le manniquin d'osier, pág. 79.

(2) Le lys rouge, pág. 167.

pajarillos bulliciosos y una que otra fuentezuela... Más vale que esté ausente antes que expresarla por lo falso, lo afectado ó lo inútil.

Pero hay obras en las cuales la naturaleza interviene con toda utilidad. Algunos autores la introducen en la obra, tal como la han visto, hacen de ella un complemento del personaje, una atmósfera que explica sus gestos, que ilumina su psicología. Balzac, tan escrupuloso en describir los menores detalles de la casa de sus héroes de novela, creía que para conocer con exactitud al caracol, por ejemplo, nada más útil que dar una idea acabada de la cáscara que lo alberga.

Otros que como Flaubert procuraban introducir lo menos posible de su individualidad en su creación, nos muestran á la naturaleza como la ven sus personajes. De aquí, la doble ventaja de crear una atmósfera que completa al héroe y revela su sensibilidad. Cualquiera que sea el procedimiento, en ambos casos existe ese elemento sin el cual un personaje viene á ser como un pez fuera del agua, sin el cual no es un ser viviente. Y esta falta de aire es la primera causa en razón de la cual los héroes de France carecen del hálito de vida.

Pero hay otras más elementales: tampoco tienen pulmones, ni capacidad para contener órganos; son siluetas, de un sólo perfil, de un sólo gesto, y que, colocadas en una verdadera naturaleza parecerían aún más superficiales. Apenas se conoce su físico. Más bien se lo adivina. No se les conoce otro instinto que el de comer y beber, cuya satisfacción conduce á la palabra. El amor, excepto en la «Historia Cómica» y en «El lirio rojo», tiene para ellos el principal atractivo de proveer largas reflexiones, meditaciones, disertaciones y discusiones. Hallan más placer en hablar de él que en realizarlo. Sus gestos son limitados. Obran poco. A veces, acordándose de que están hablando y bebiendo desde hace tres horas, piensan que el vino debería empañar sus pensamientos y trastornar su lengua. Entonces, filósofos sutiles una vez más, se desploman súbitamente ébrios é insensibles. Otras veces una sola manía los posee: á Bonnard la de los manuscritos, á Trépof la de las cajas de fósforos.

Con mayor frecuencia sienten el prurito exclusivo de hablar. Pero ni aún se puede afirmar que es éste su rasgo dominante, el cual, según el método de Taine, explicaría todos los demás. Los héroes de France no son parlones sobre todo: son sólo parlones. Toda su vida se concentra en su lengua; obran hablando. Es su gesto único.

Sus libros están llenos sólo de sus charlas. Permanezcan en sus casas ó fuera de ellas ó en las de los demás, por la mañana, por la noche, hablarán siempre; apuñaleado mortalmente. el mismo Gerónimo Coignard seguirá hablando.

Se dirigen del mismo modo á una vieja sirvienta que no los escucha, que á personas insignificantes que no los comprenden. ¿Están solos? Hablarán á su perro, á su gato. «Hamílcar, le digo, extendiendo las piernas, Hamílcar, príncipe soñoliento de la ciudad de los libros, guardian nocturno! Igual al gato divino que combatió á los ímpios en Heliópolis...» La arenga se prolonga por largo rato. El perrillo Riquet oye otras semejantes y no se contenta con pensar en silencio; al cabo, á fuerza de oir hablar, adquiere el don de la palabra:—«Riquet, ¿quieres un poco de pollo? preguntó el señor Bergeret. Es algo excelente!... Recibe, Lázaro las migajas del buen rico, pues para tí, por lo menos, soy el buen rico... — Señor ¿por qué quieres tentarme?» En ocasiones se hablan á sí mismos, como ya se ha dicho de Bonnard en los Campos Eliseos.

Tales como son, los héroes de France, son algo peor que seres apenas vivientes: son monstruos.

Un hombre viviente se compone de una sensibilidad que percibe sensaciones, de una inteligencia que las transforma en ideas, de una actividad que obra por ellas ó reacciona contra ellas. Estas tres «facultades» que han sido separadas por exigencias de la claridad y que con frecuencia se toman equivocadamente por entidades realmente distintas, se encuentran confundidas en el individuo en forma de teñdencias cuya armonía constituye la vida normal. Si una de ellas falta ó se exagera en detrimento de las demás, se nos presenta una monstruosidad. La ausencia de la inteligencia libra al individuo al capricho de sus instíntos satisfechos sin medida por la actividad; y de aquí un monstruo: un animal. Si la inteligencia tiraniza á los ínstintos y á la actividad hasta el punto de anularlos casi, una vez más aparece el monstruo, opuesto al primero, pero tan excesivo como él.

A menudo la literatura se ha interesado especialmente en la pintura de monstruos, de excepciones. Es uno de los rasgos característicos de la llamada decadente.

¿Será preciso deducir que el señor France es un decadente?

Bien merece el adjetivo. Ningún autor talvez ha acumulado como él tantos monstruos en una obra, ni ha dado

de la vida la idea de que está poblada de una manera más monstruosa. ¿Cómo nos juzgarán nuestros nietos valiéndose de la «Historia Contemporánea»?

Sin embargo, el exceso mismo preserva al señor France del calificativo de decadente. Sus monstruos son tan monstruosos, que en seguida uno advierte que son irreales. Son monstruos imaginados, sombras de un cerebro que no se preocupa de la realidad. No son un fin; son un medio.

El señor France es un conversador; conversador menos hábil que estilista. Como su lengua no le bastaba ni le contentaba, creó pequeños seres que multiplicaron y variaron su lenguaje. Son ideas personificadas, seres *portapalabra*.

Y esta concepción no deja de tener sus inconvenientes. Habiendo sido inventados todos para desempeñar el mismo papel, se identifican todos por un carácter único y común: hablar. El señor Bergeret, Silvestre Bonnard, Jerónimo Coignard, Pafnucio, para no citar sino á los principales, son hermanos, ó para decirlo con más propiedad, son una misma persona; pues no solamente tienen una manía parecida, sino que también la ejercen de la misma manera, con el mismo tono, con iguales giros de frases y modalidades de espíritu. Y es á causa de ello que nuestra alma recibe otra impresión de monotonía.

Considerados aún como simples *portapalabras*, nos parece que el señor France habría debido variar sus tipos y si no lo ha hecho es quizás por impotencia. Porque la facultad de renovarse es un signo de un gran espíritu y su grado la medida del escritor.

Por otra parte, de esta concepción se resiente la estructura de los libros. No son ya obras compuestas, si no continuación de discusiones: la Hotelería de la Reina Pedauca, sobre la religión y la cabalística; el señor Bergeret en París sobre el asunto Dreyfus; el Olmo del Paseo, sobre la política y la moral; y en la Historia Cómica, una de las más vívidas de France, el doctor Pradel, cuando se le pide un certificado inicia una larga discusión ó más bien se compromete en un largo monólogo sobre el amor, el determinismo, el bien y el mal, la guerra y la moral... Por esto esta historia que debió ser una simple narración, como Tais, llega á ser una larga novela.

Y esas discusiones carecen de lazos de unión y de relación mútua; no parece que tengan otra razón de ser que la lectura de la mañana. El señor France no aplica la fórmula de arte que daba en un discurso sobre Renán: «Ha puesto arte en todos sus libros desde que en todos sus libros

ha puesto orden, ha adecuado siempre la manera de escribir al tema y ha subordinado siempre el detalle al conjunto».

La intriga tampoco constituye la unidad del libro, ó hay que reconocer que las digresiones la entorpecen. Por otra parte las maquinaciones ó las combinaciones fáciles de los hechos no agradan á mi espíritu. Estimo mucho más al autor que hace resaltar psicologías.

El señor France no se preocupa de la psicología (excepto en el Lirio Rojo, donde ha hecho una psicología encantadora). Cuando en sus discusiones recuerda que hay una regla de arte que exige la unidad, trata de que la intriga satisfaga á esa necesidad. Con lo cual origina desaciertos.

Algunas veces, como en la Historia Cómica, el acontecimiento llega demasiado á punto para interrumpir la larga conversación y para ilustrarla con el ejemplo. El comisario de policía estaba haciendo en varias páginas el proceso de los jugadores. Decía para terminar: «el juego no suelta jamás á sus víctimas; cuando les ha quitado todo continúa siendo su única esperanza. En efecto, por cual otro medio se puede esperar... Se detuvo, con el oído atento al grito lejano de un muchacho, é inmediatamente se echó á la calle en persecución de la sombra indecisa y fugitiva, la llamó, le arrebató de la mano el diario de las carreras, que abrió ansioso á la luz de un farol para buscar los nombres de los caballos, *Flor de guisante, la Castellana, Lucrecia.* Luego, con los ojos excitados, las manos trémulas, atontado, dejó caer el diario; su caballo no había ganado».

El procedimiento es infantil si con él se quiere recordar que fuera de la parlanchinería existe la vida. Es un mal recurso teatral del cual abusa France: Temiendo, no sin razon que una discusión dure demasiado: «—los señores tomarán talvez unos duraznos con marasquino, dijo el hotelero».

No vale más la manera con que el doctor Formerol nos recuerda los disgustos de Bergeret que teníamos perfectamente olvidados.

Otras veces el señor France se olvida completamente en sus narraciones, de donde resultan cosas inverosimiles, como en aquella orgía en que se abandona en un rincón á una mujer medio desnuda, para enunciar las pruebas de la existencia de Dios.

Por fin, la concepción de un autor que se reproduce en sus obras sin pudor, disgusta á mi espíritu. Este se considera como una persona mayor frente á un guignol infantil, y viendo al que mueve los hilos de los muñecos. Me sorprende que se dedique á ello con tanto tesón el señor France á

quien creía modesto. Desde el día en que aceptó de la Academia el derecho de sentarse en una de sus butacas, parece que ha olvidado el camino que conduce á ella, tal vez temiendo que por el trato con la ilustre compañía se le sindicara de orgulloso. En la Academia brilló por su ausencia. ¿Será el señor France un pseudo modesto, un orgulloso sutil?

Tendría el derecho de ser orgulloso, de ponerse todo él en su obra y en primer término, y el derecho de hacer héroes que no son más que *portapalabras* si esas palabras fuesen nuevas é interesantes.

Pero calumniamos al señor France: él no se pone en sus libros, ó por lo menos, tanto como lo pretendemos. No ha puesto en ellos sus ideas, sino las de los demás.

El señor France nació en una librería, creció entre los libros, sólo á ellos amó y morirá junto á ellos. Sus héroes tienen la misma predilección. El señor Bergeret no halla más placer que en los libros: «tenía por el librero y la librería una predilección que no se explicaba». Coignard agrega á ese gusto el amor del vino que le facilita el recuerdo de sus lecturas. Bonnard vive para los libros. Estos son la única pasión de todos los personajes, sus bibliotecas son el universo. La conocen á fondo en todos sus rincones; hablan de ella con delicia y la describen con frecuencia. Con los ojos cerrados encuentran el volumen que desean. Conocen la historia y el contenido de todos; cada uno de ellos ocupa una parte de sus cerebros donde están como en una estantería. Sus cabezas son bibliotecas ambulantes, reuniones de libros que una asociación de ideas abre á tal ó cual página. Por eso los quieren, se quieren entre ellos, se quieren en ellos y no hacen sino un solo ser. El Sr. Bergeret, reconoce de donde le viene esa predilección que no se explica: «En lo de Paillot se sentía á su gusto y allí las ideas le ocurrían en abundancia». Hubiera hablado más con propiedad, diciendo «volvían». Bastábale ver el lomo de un volúmen para que en su memoria se presentaran las ideas del autor.

Los libros solamente les recuerdan ideas y una insignificancia basta para dar suelta á sus recuerdos librescos.

El señor France se paseaba una tarde con sus amigos. Las vivas tonalidades del crepúsculo aparecían entre el follage. Su compañero se las hizo notar. Pero él, levantando los ojos, no las admiró. Vió algo más allá y dijo: «Recuerda usted ese pasaje de Homero en que se habla del pequeño Astianax que amedrentado por el casco de su padre esquivaba su beso?» Así son los héroes de sus libros.

Sólo ven á la naturaleza á través de las lecturas. Bonnard frente á una posada italiana no observa más que una inscripción. Y en seguida lo tenemos transportado á la antigüedad: «Horacio daba consejos semejantes á sus amigos. Tú los oíste, Póstumo; tú los oíste, Leuconoe.» El abate Coignard delante de la casa del alquimista que lo hospeda habla así á su discípulo: «Te confieso, hijo mío, que el albergue no encanta las miradas. Demuestra la rudeza en que se formaban las costumbres de los franceses en tiempos del rey Enrique IV... ¡Cuánto más agradable nos sería oir á Cicerón discurriendo sobre la virtud!»

Algo menos basta para sus declamaciones: «—Papá, Riquet está en la balija.—Porqué está en la balija?—Porque yo lo puse. El señor Bergeret se acercó á la balija y dijo:—De este modo el joven Comatas que hacía sonar su flauta mientras cuidaba las cabras de su dueño, fué encerrado en un cofre. Dentro de él las abejas de las musas lo alimentaron con miel. Pero tú, Riquet, habrías muerto de hambre dentro de esta balija, porque no eres caro á las musas inmortales».

Jerónimo Coignard, después de pedir sal, dice: «Así acostumbraban los antiguos. Ofrecían la sal en signo de hospitalidad. Colocaban saleros en los templos, sobre el mantel de los dioses».

Llegado á este punto el espíritu libresco debe caer en la pedantería. El señor Bonnard habla así á su vieja sirvienta, refiriéndose á la mujer del librero que vive en el piso de arriba:—«Y bien; el heredero de los Coccoz podrá decir como el huevo en la adivinanza aldeana: Mi madre me hizo cantando. Igual cosa sucedió á Enrique IV. Cuando Juana de Albret sintió los primeros dolores se puso á cantar una vieja canción bearnesa: «Nuestra señora del fin del puente —ven en mi auxilio en esta hora—Rogad por mí al dios del cielo—para que pronto pase el trance—para que me de un varón».

El señor Bergeret, buscando un departamento con su hermana, le hace un curso de filosofía sobre el tiempo.—«Era difícil, dijo Zoe, hallar tres dormitorios.—Sin duda, contestó el señor Bergeret; la humanidad en su adolescencia no concebía como nosotros el porvenir y el pasado. Ahora bien, estas ideas que nos devoran no tienen realidad fuera de nosotros mismos. No sabemos nada de la vida.» Habla así durante dos páginas. Zoe le interrumpe, pero él continúa: «—Los salvajes, dice, no hacen distinción entre el presente, el pasado y el porvenir»... Y esto no es preocu-

pación de instruir, sino que es el fondo habitual de su pensamiento: A propósito del trinchado de un pollo «el señor Bergeret examinaba en su interior las razones del prejuicio que había inducido á esa buena mujer á creer que el derecho de manejar el cuchillo de trinchar pertenece sólo al dueño de la casa... Recordó la tradición conservada por la vieja Angélica de la antigua idea de que la carne de los animales que sirven de alimento al hombre es algo tan precioso que sólo el dueño puede partirla y distribuírla. Y le vino á la memoria la figura del divino porquero Eumeo recibiendo en su establo á Ulises...».

Un solo tipo descripto así podría ser interesante, pero todos son iguales. Todos charlan abundantemente de lo que han leído en los libros, sin agregar nunca un pensamiento original.

El señor France ha hecho sus volúmenes con erudición que se encuentra en los libros y con espíritu de actualidad que desde hace tiempo corre las calles. Ha demostrado que es un hombre hábil que sabe edificarse una gloria con el mérito de los demás. Realmente, el talento del señor France es éste. Imita admirablementente: es un imitador artista.

Un poeta ha dicho á su respecto con la intención de un cumplimiento: «Los libros de France van desde Homero hasta Gyp. Más que libros en sí son una asamblea de libros, una multitud selecta, una ronda en la cual Montaigne y Balzac, Rebelais y La Bruyere, Voltaire y Montesquieu, el Ludovico Halevy de las «Pequeñas cardenales» y el Renán de los diálogos filosóficos, todos ellos, se dan la mano, sorprendidos de encontrarse juntos y sonriendo por el encuentro... Es, como quien diría Montaigne en Balzac. ¿Acaso no es el señor A. France un Luciano polígrafo, burlón y artista como él? Un Luciano francés de Paris y de los muelles de París, un Luciano-Bergeret., A través de los siglos es hermano de Marot y de Montaigne, de Racine y de la Fontaine, de La Bruyere y de Fenelón, de Diderot y de Voltaire».

El señor France resulta aplastado por tanto parentesco. Es tantas otras personas que al fin no es él. Su obra es un mosaico, un traje de arlequín y para ser de nuestro tiempo, podemos decir un «puzzle», en el cual se trata de colocar á todas las personalidades. Autores griegos, latinos, cronistas de la edad media, filósofos de todos los tiempos... si quisieran reclamar lo que les pertenece no dejarían de los libro de France más que la tapa. Taís es un remiendo de imitaciones; la Reina Pedanca es un remiendo de imita-

ciones inspirado en las crónicas galantes; todo es lo mismo, y hasta el Lirio Rojo que al principio parece ser una excepción no es, después de todo, más que una imitación, de Bourget, con las mismas tonterías mundanas.

Desprovisto de ideas personales, yendo de un lado á otro entre las contradictorias de los demás, individuo sin personalidad, sin siquiera ese ligero lastre de una opinión que otros hubiesen podido reforzar, el señor France debía caer en el escepticismo. Y esto, por lo menos, parece en él algo de personal, un resultado natural de su psicología. Hasta ha tratado de hacer de esta impotencia una línea de conducta: «mi opinión es no tener opinión», hace decir en Taís.

Y esto todavía es una nueva imitación, una copia de Renán. No sintiéndose con fuerza para seguirle paso a paso, por lo menos ha ensayado de hacer lo primero. A la «Vida de Jesús» da un *pendant* con la «Vida de Juana de Arco», que no se distingue de aquella sino, quizás, por el menor escrúpulo.

Ha seguido tan ciegamente á su modelo, que como él se ha hecho una creencia. Renán tenía fe en la nueva diosa la ciencia, é imaginó próxima la edad de oro en que la ciencia reinaría. El señor France tiene fe en el socialismo, divinidad moderna que, según él piensa, llevará á la humanidad «Hacia tiempos mejores».

Parece una ironía ver á ese escéptico de profesión, á ese espíritu fuerte, arrodillarse con las manos unidas delante del ídolo improbable, que le pone en la cabeza el bonete rojo y lo hace entrar en las asambleas, donde olvida el dulce idioma de las musas. Empieza sus arengas por: «¡Ciudadanos!» palabra que recuerda el sudor y el vino grueso revolucionarios; continúa: «En el momento en que los enemigos coaligados de la ciencia, de la paz, de la «libertad», se arman contra la «República», y amenazan ahogar á la «democracia»... Limita su espíritu hasta ver en Diderot sólo «un amigo del pueblo» y en la enciclopedia una obra «proletaria». Según la moda popular y á la manera de un orador de café, grita todos esos vocablos huecos que dilatan la boca.

Su modelo, Renán, tenía ciertamente más gusto y más espíritu crítico. Disculpemos al señor France: si Renán no hubiese creído en la ciencia, no habría hecho sufrir á sus palabras generalmente selectas la promiscuidad con la jerigonza política.

Y uno se pregunta cómo la gloria ha coronado al se-

ñor France desde que es todo menos él mismo. No sólo las musas celestes han contribuído en ello. Le dieron su estilo con el cual Franec hubiese podido atestar vanamente la casa de su librero. Hay en la tierra musas más favorables que recompensan más pronto el culto que se les rinde. Si no cree en los dioses, el señor France, por lo menos debe creer en las diosas.

Pero la verdadera causa de su éxito reside en otra parte. Exponiendo tan gran número de ideas de todos los tiempos, el Sr. France sedujo inmediatamente á las señoras ancianas que las ignoraban y á los burgueses que no las conocían. Les pareció muy sabio y lo admiraron. Oponiendo unas á otras las ideas agenas, el señor France hizo paradojas, lo que tiene semejanza con la espiritualidad. Comprender esa espiritualidad es atribuirse la misma. Así ha encontrado muchos admiradores...

Y France ha enseñado la sonrisa, el modo de parecer muy ilustrado sin saber nada y de demostrar á cualquiera que es un tonto. Suya es la moda del «lo crees?»

Las modas ¡ay! duran poco. Más que nunca en estos tiempos de la Gioconda, la eterna sonrisa ha cansado. El escepticismo, antes que una superioridad, parece una impotencia.

PAUL GLASSIER.

París.

EN LOS LIBROS

¿Qué buscas en los libros, frente ardiente,
con los dos ojos ávidos prendidos
como activas abejas en las flores
ilusorias del trazo de la imprenta?;
¿por qué inclinas tus horas en el tomo
como gavilla grávida de espigas
reclinada en un hombro?;
¿tan poco vale el Tiempo fugitivo,
el alado monarca, que lo acuestas
sobre la piedra fría, como un muerto,
la piedra fría del papel impreso?;
¿por qué no ha de correr con la ligera
fuerza del ciervo que certero salta
cuando resuena el halalí ululante
en el silencio sordo de los bosques?.
¿Buscas acaso el día del invento,
el volumen de las dominaciones
que hartaron al Pasado devorante?,
¿acaso el nombre bárbaro de inhóspite
desierto ó de una eclógica colina
que jamás hollarán tus plantas lentas,
mortal cuya inquietud vaga en lo vago?;
¿buscas la ciencia abstracta que en sistema
mana como una arena siempre igual
de la universidad correcta y grave?;
¿te da miel la sorbona de la página.
la sed te apaga, te da pan acaso?...
El día del invento ó del combate
es el día del bien, de la palabra
que te redime y del deber sereno.

Y bien sé lo que buscas, frente ardiente,
mirada febrilmente prolongada:
la lima pulidora, la herramienta
que te cincele el oro de bondad
que hay mezclado á tu carne.
¿Qué vale el libro oscuro que no enseña
á sustentar al ser atribulado
como el gentil enebro que sustenta
la vida frágil de la hiedra blanda?
Lo paga, y excesivamente caro,
la moneda de cuero del esclavo...
Pero al libro del bien, á la elocuente
lira de la bondad, nadie la paga
con cien mulas de mirra, ni con cien
patenas rebosantes de maná.
Al huérfano que impreca y que confunde
la sien adolescente en la ceniza,
¿para qué le darán el libro sabio?
¡Vuelva á oir la palabra consolante
de la madre que ha muerto!
El mal es ignorancia; y es por eso
¡oh, paciente mortal!, que sobre el libro
recuestas á tus horas coronadas
de promesas, ceñidas de capullos...
Para ser conductor del afligido
y esqueleto de hierro del quebranto
y pupila del ciego.
¿Quién es el sabio? El sabio de legítima
sabiduría: el que deshace al crimen
y la torva perfidia, como el agua
que deshace los músculos del fuego.
Muchos hombres supieron y murieron.
Llevaban su saber como pesado
guijarro entre frontal y occipital.
Al Sol, hijo del mar, llamaron Helios
y á la Luna, Astarté...
¿Qué fué de todos ellos, dónde están?
¡Supieron y murieron!
Y entretanto está el mal en la tiniebla,
segador colosal, segando carne,
cortando corazones
como quien corta anémonas.

ENRIQUE BANCHS.

LA OBRA DE PAYRÓ

"Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira"

Roberto Payró revela siempre una visión amarga del país. Ciertamente, la amargura no se refleja en su obra sino á través de un tono amable y de un buen humor que es el aspecto de su filosofía, ó si se quiere, de su esperanza. Esa dualidad debe buscarse en la formación mis-de su espíritu, que ha influído en su índole de escritor, y en su carácter de novelista: Payró se ha plasmado sobre los modelos clásicos de la literatura española. No importa que desde joven se haya nutrido en mentalidad francesa y se haya penetrado de las concepciones que constituyen hoy el rumbo de todos. Ello le sirve de base. Sus escritos contienen el ácido crítico y la doctrina que denuncia á un pensador á quien ocupan los problemas de la sociedad. Pero, esa doctrina y esas concepciones son el fondo de la obra cuyo linaje es castellano, á pesar de su orientación y de su hipótesis. Laucha ó Gómez Herrera, los figurantes y protagonistas de Pago Chico, reconocen por antecesores ilustres á los héroes de la picaresca. Porque, son antes que nada, romances de pícaros, sea ó no brillante su exterioridad, vistan el poncho usual en la campaña ó el frac de los saraos; en sus vidas y en sus apariencias encontraremos los rasgos de la progenie, que historiaron en el gran siglo hispánico los jocundos cronistas de la hampa, en cuyas barriadas sintetizaron la ruda psicología de una época. ¿Recurre Payró á un procedimiento artístico, á una fórmula elegida? Sería imputarle un programa y esto no coincide con la espontaneidad manifiesta de su temperamento: Gómez Herrera, el actor central de *Las divertidas*

aventuras del nieto de Juan Moreira carece de plan: vive las circunstancias, se somete al azar. Su evangelista no tiene en el arte sino esa ruta, que le permite hallarsé invariablemente en la honesta comprobación de la verdad. No especula; refleja y el comentario ó la tesis es la vida en sí, superior á la subalterna realidad del hecho, puesto que es la realidad esparcida y sentida que se aglomera en una expresión humanizada de vigor y de dolor. En suma, yo no sabría limitar á Payró en un rótulo tendencioso. Es brote puro de la observación y la crueldad que de ella se deduce es el documento de su vérosímilitud.

Visión amarga del país. Payró no construye sus personajes con la preocupación exclusiva del novelista que confina su laboratorio al medio en que desenvuelve la acción. Laucha es un ser vivo y andante, andante y vivo es Gómez Herrera en la ficción de la autobiografía. Más éste y aquel asumen á medida progresa el relato la proporción representativa del estado social que definen con su conducta. La novela pierde así, en su trágico desarrollo, el subterfugio de la fábula y se convierte en la historia de la república. Así como los episodios de Pago Chico dejan de ser tales para adquirir la importancia de una pintura verídica, ó de una protesta, así Gómez Herrera, va paso á paso cobrando la fisonomía total del ambiente. Los Sunchos, pueblillo en que naciera y se educara, pertenece á la geografía entera de la Nación. Es el pueblillo gris, rudimentario y monótono en que pernoctamos sin interés á la espera del tren siguiente y abandonamos sin pena y sin curiosidad. Pero sabemos que es igual en su eterno aburrimiento y en su perpétua pequeñes de núcleo genérico al que nos detendrá leguas adelante y al que hemos visto distancias atrás. Y los días lúgubres ó ruidosos del villorrio humilde son los días congestionadós de la metrópoli en que tiene su actitud permanente el protagonista. Este resulta, pues, el eje de un drama político, es decir, la configuración substancialmente histórica de la atmósfera nuestra. Ahora bien: ¿No ha exagerado el historiador? ¿No ha extremado la tésis? Examinemos los factores esenciales de la historia afrontada. Ella aparece bajo una faz, que es la política. ¿Comprende en verdad, el proceso político, la síntesis del esfuerzo desplegado por la raza? Si buscamos las manifestaciones reales del adelanto argentino, llegaremos á una sola cohesión alcanza-

da y es desde el punto de vista económico. Una novela de argumento agrícola, por ejemplo, inspiraría á Payró, paisajes optimistas: extranjero ó nativo, el que labra, lejos de las luchas agitadas, su predio tranquilo, forma el rincón de la felicidad, con su premio de la dura fatiga, el júbilo del trabajo sagrado, á pleno sol y á pleno campo. En tal caso, la Argentina es en efecto la Tierra de promición surgida en las mentes de los que buscaban el oro fantástico, más allá de los mares, sobre cuyas extensiones se diluía la estela que llevó á Marco Polo á los territorios que le brindaron sus tesoros ocultos. Una novela industrial sería optimista, y á su vez si se considerara el empeño del conquistador que realiza una fortuna empujado por el crecimiento portentoso de la República. Pero son siempre las manifestaciones materiales y Payró no aspira en su labor literaria cantar la potencia brutal de tales fenómenos. Es el espíritu, el desenvolvimiento del alma colectiva el que le interesa y conmueve y esto sólo puede revelar el cuadro político. De ahí que la novela sea exacta como documentación. Pasado el ciclo heróico que comienza en la epopeya militar y popular de la de la independencia y termina en la tarea formidable de la organización que concretó como en piedra, siluetas enormes, transcurrido ese período de génesis y de la primera conformación de los elementos, viene la era incierta, la decadencia, la mediocridad hecho sistema. Es pues el análisis de un trecho andado, que descansa sobre bases cuya verificación está al alcance de cada uno y constituye, no una hipótesis sinó una certidumbre. Si Payró fuera hombre de partido se la podría atribuir desvíos pasionales, excesos de leader ó de afiliado. Más, no se ignora que las circunstancias fundamentales son así y el que los resume en su propia existencia afirma en su imágen simbólica un realismo minucioso y absoluto. Gómez Herrera es un tipo existente. En Francia, donde la curiosidad llega á extremos morbosos, se habría indagado el parecido. Nosotros no tenemos que averiguar semejanzas. No es tal ó cual hombre público, sino, simplemente un hombre público. Ha heredado un apellido de prestigio regional y las artes paternas de las combinaciones: sabe resolver dificultades de atrio y ascender á fuerza de méritos especiales; es un caudillo. Recio cuando triunfa, blando y adaptable para poder triunfa, grita ó finge gemidos. Así va á la legislatura, así llega á la Cámara, así logra su plenipotencia. Es mediocre y brillante á la vez, tiene aspecto del gentilhombre,

más cumplido y oculta el corazón más equívoco. Mientras leemos sus memorias creemos hallarnos en presencia de Arsenio Lupín: no hay obstáculo que no venza su viveza, no hay valla que no agriete su penetrante malignidad. Prevé las circunstancais, adivina las contrariedades, se anticipa á los sucesos. El sale vencedor siempre. Si un talento autentico se opone á su camino, sabrá anular su influjo con la intriga, que es en política, el recurso habitual. Y Gómez Herrera es el manual viviente de la política activa. En ese ser que á veces roza una ráfaga de remordimiento ó un dejo de delicadeza, en ese ser que es una síntesis, la moral no va más allá de lo útil, y de lo práctico, El amigo de infancia le supera en inteligencia, se funda en un sendero, en ideas, en principios. Gómez Herrera lo desaloja, lo estrella como á una cosa y se aproxima de este modo al momento más angustioso del proceso novelesco: Vazquez, honrado é ingénuo, tiene novia y así como lo aparta del éxito en la vida lo quiere alejar también de la felicidad íntima. Pero, es el instante único de la historia en que el programa sutil y perverso del protagonista se desvanece: la figura de María Blanco redime con su austero perfil, con su noble continente, con su grave honestidad, el barro que roddea al espíritu siniestro del triunfador. Ella lo somete á prueba, le impone una conducta, analiza su conciencia. No importa que su huella persiga al viejo camarada del terruño y su felonía lo llene de sombras: sabemos que María Blanco lo conoce y el frío desdén con que ella lo trata, es el alivio para los que anhelan en el curso del libro la derrota de ese truhán magnífico y afortunado. ¿Ha querido Payró expresar en la dulce y pensativa figura de esa mujer la integridad de la mujer argentina? Ta esl mi impresión. El simbolismo de los personajes no se distancia de la realidad. Payró, tiene, no solo en su exactitud psicológica, sinó en la verdad, por así decirlo, general de su obra, antecedentes en la literapicaresca, que ha creado la verdadera novela y tajó la humanidad en personas, en almas. Gómez Herrera, es sin duda, una configuración del ambiente pero es ante todo un alma. ¿Ha pasado su época? Los hechos nos enseñan que no se ha extinguido. El mediocre suplanta al que debe actuar y participar en la vida política y cuotidiana de la sociedad. Supera al talento y á la probidad con los subterfugios y las zancadillas. Es el vivo dominando en la vasta feria, en cuyas escenas se multiplica, se exhibe ó se oculta: la fuerza efectiva se deshace ante su versatilidad om-

nimoda; es invencible porque es ductil y ténue como una ganzúa. Las frases desempeñan en su existencia el papel de las ideas, los gestos sustituyen en su carrera victoriosa la conducta y la regla. Es un punto dominante en un período y es el período en si mismo. ¿Es acaso peor que los demás, es acaso inferior á los que lo circundan y utilizan? No. Es idéntico al tiempo y al medio, ó sea, es la verdad, histórica resumida en la psicología de un ser que despierta en nosotros, por la triste realidad, el odio por su imposición permanente, por su continua fortuna y suscita á su vez la misericordia por su abrumadora pequeñez. Ni un rasgo lo dignifica, ni una actitud lo salva. Su antigua amante, la muchacha que le dió su amor y su honor no provoca, en su desventura llena de sombria severidad, un recuerdo generoso, un arranque de sentimiento.

Payró ha concentrado en esa novela dolorosa un caudal de calórico humano que le dá un poder implacable de emoción y de crueldad. Se ha dicho que la historia es cruel. El relato de la vida de Gómez Herrera lo demuestra. No importa que la narración esté revestida de cierto buen humor y que el personaje céntrico, se compare vuelta á vuelta con los sucesos y con sus rivales, deduciendo la fatalidad de su destino. Ese buen humor, esa amenidad no disminuye la visión terrible del trecho referido. El carácter de Gómez Herrera como el de su época, se explica, pero no se logrará justificarlo. Payró ha observado la sobriedad que es su nídole misma de escritor. Es psicólogo y ahonda el tema con enérgica honradez. Es artista y su arte resulta del conjunto de la verdad, de la belleza viva é interior, que ánima las páginas. Crea almas, construye existencias que distinguimos después en la multitud, que reconocemos en el diario comercio con la gente. A esa virtud primordial, se une la perfección del dibujo: la novela se desenvuelve dentro de la más rigurosa proporción y el análisis denuncia un investigador humano, el panorama revela á un maestro en la novela, el arte literario por excelencia. Y novelas como éstas llenarían con su eco un país de tradición civilizada. Entre nosotros, la vida esta en manos de los Gómez Herrera, que desprecian como su símbolo genuino, á los que pudiendo ocuparse en los oficios productivos y pingües, se dedican á las letras y al cultivo de las cosas espirituales. Ello no ha de impedir que el futuro dignifique la era actual, no por los montos de la riqueza ni por la acción monopolizadora de los mediocres, sino por obras como ésta de Payró, que bastan para

hacer respetable la literatura de un pueblo. Sirva eso de magro consuelo al gran escritor.

Y Payró ha de consolarse. En el fondo, es optimista puesto que confía en tiempos mejores y al hacer la historia de un tipo ó de un período, la comenta con una sonrisa. Durante su larga labor ha visto mucho para asombrarse y ha conocido demasiado cerca el mundo, para no abandonarse á la dulzura de la esperanza que lo ha confortado en su jornada sin término del periodismo y en la lucha de artista, hostilizado por el medio, formado sobre un fundamento exclusivo de éxito. Es cierto que la esperanza es el don de los fuertes. Sólo Payró ha logrado concretar obra no obstante su ruda y enorme ocupación de diarista en cuyo desenvolvimiento moderno ha sido factor y señal. Solo lós que han trabajado en un diario en forma disciplinada y metódica pueden apreciar la suma de sacrificio y de vocación que comporta el libro, sustraído á la dolorosa fatiga de la diaria parición, hecha á costa del sueño. Y Payró no se ha reducido así sea en la tarea periodística, á la producción correinte: ha creado obra como lo afirma su «Australia Argentina», que siendo periodismo es literatura fundamental y documento de estudio en cuyo fondo palpita la eterna compasión y su eterno ideal de ciudadano para quien la patria no termina en la escarapela de las fiestas conmemorativas. Y parte de eso, que basta para plasmar una personalidad, Roberto Payró es de los que fundan con su nombre el prestigio artístico de un país. Autor dramático, inclinó al teatro á una evolución de cultura é hizo obras como *Sobre las ruínas*, en la que abarca un momento de transición social, el choque entre lo legendario, lo arcaico, con el avance de la vida robusta y nueva del progreso y en ese episodio cuyo enunciado parece una cuestión técnica casi, se revuelve un hondo conflicto humano, con sus amarguras, con sus incertidumbres. En *Marco Severi* aboga un pensamiento de piadosa justicia y nos refirió en *El triunfo de los otros*, la existencia trágica del escritor, la historia lúgubre de los periodistas. Ha creado á Laucha, que es una obra maestra, ha escrito sus cuentos de Pago Chico y habiendo conquistado un insuperable alcance como cuentista se perfila hoy como constructor de novelas.

Jamás se abatió su energía. Me parece verlo junto á la mesa de redacción, en la cual encontraban consejo y ayuda los principiantes: por más de veinte años no se apartó de esa mesa y pudo demostrar que la faena formidable del diario no anula fácilmente una mentalidad de su consis-

tencia. Pero, entre nosotros son desconocidos las intimidades de la vida intelectual. Rosny habría hallado en Payró un tipo glorioso para su novela de costumbres literarias. Aquí, la gloria y el provecho no es para almas de su temple. La gloria no conoce sino al militar, al industrial y al político y esperemos—ya que nos enseña amar el porvenir—que en días menos incompletos, la labor artística tendrá también su sanción. Ya tenemos grandes escritores puesto que tenemos libros como este de *Las divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira.* En el futuro la gloria no será esquiva con los literatos cuya aureola augusta es el silencio actual. Trabajemos, pues.

ALBERTO GERCHUNOFF.

LA MATANZA DE LOS INOCENTES

(Traducido expresamente para NOSOTROS) [1]

El viernes 26 del mes de diciembre, á la hora de la cena, llegó un chico vaquero á Nazareth, gritando de una manera terrible.

Unos campesinos que bebían cerveza en la posada del «León Azul», abrieron los postigos para mirar hacia la vega, y vieron al niño que corría por la nieve. Reconocieron que era el hijo de Korneliz y le gritaron: «¿Qué hay? ¡Vete á acostar!»

Pero el chico respondió con terror que los españoles habían venido, habían incendiado la granja, habían ahorcado á su madre de un nogal y atado á sus nueve hermanitas al tronco de un gran árbol.

Los campesinos salieron bruscamente de la posada, rodearon al niño y lo interrogaron. Les dijo que los soldados montaban á caballo y estaban revestidos de hierro, que se habían llevado los animales de su tío Petrus Krayer y que pronto se internarían en el bosque con los carneros y las vacas.

Todos se fueron al «Sol de Oro», donde Korneliz y su cuñado bebían también su jarro de cerveza, y el fondero corría por la aldea gritando que los españoles se acercaban.

Hubo entonces un gran rumor en Nazareth. Las mujeres abrieron las ventanas y los campesinos salieron de sus casas con luces que apagaron cuando hubieron llegado á la vega, donde se veía claro como á medio día, por la nieve

(1) «Le massacre des innocents», uno de los pocos cuentos que haya escrito Maurice Maeterlinck, fué publicado en 1886, en una revista de jóvenes, «La Pléiade».

y la luna llena. Se congregaron en torno á Korneliz y Krayer, en la plaza, delante de las posadas. Algunos habían traído sus horquillas y sus rastrillos y se hablaban con terror bajo los árboles.

Pero, como no sabían qué hacer, uno de ellos fué á buscar al cura, propietario de la granja de Korneliz. El cura salió de su casa con el sacristán, llevando las llaves de la iglesia. Todos le siguieron hasta el cementerio, y de lo alto de la torre les gritó que no veía nada ni en la pradera ni en el bosque, pero que había nubes rojas del lado de la granja, aunque el cielo estuviera azul y lleno de estrellas sobre todo lo demás del campo.

Después de haber deliberado largamente en el cementerio, resolvieron ocultarse en el bosque por donde debían pasar los españoles y atacarlos si no eran muy numerosos, á fin de recobrar el ganado de Petrus Krayer y el botín que habían hecho en la granja.

Se armaron de rastrillos y azadas, y las mujeres se quedaron junto á la iglesia con el cura.

Buscando un pasaje favorable para su emboscada llegaron hasta cerca de un molino, en el linde del bosque, y vieron arder la granja en medio de las estrellas. Allí se establecieron ante una charca cubierta de hielo, bajo encinas enormes. Un pastor á quien llamaban el Enano Pelirrojo, trepó á la colina para avisar al molinero que, viendo las llamas en el horizonte, había parado su molino. Sin embargo, dejó entrar al campesino y ambos se asomaron á una ventana para mirar á lo lejos.

La luna brillaba ante ellos sobre el incendio; y vieron una larga multitud que marchaba sobre la nieve. Cuando la hubieron contemplado, el Enano bajó para juntarse con los que estaban en el bosque; y distinguieron lentamente cuatro jinetes, por encima de un rebaño que parecía ramonear la llanura.

Como miraban á la orilla de la charca, y bajo los árboles iluminados de nieve, con sus calzones azules y sus capas coloradas, el sacristán les mostró un seto de boj trás del cual se ocultaron.

El ganado y los españoles avanzaron por el hielo, y ya los carneros llegados al seto, empezaban á ramonear las hojas, cuando Kornelis abrió la maleza y los demás lo siguieron en la claridad con sus rastrillos. Hubo entonces una gran matanza sobre el estanque, en medio de las ovejas apiñadas y de las vacas que contemplaban el combate y la luna.

Cuando hubieron muertos los hombres y los caballos Korneliz se lanzó, á traves de la pradera, hacia las llamas, y los demás despojaron á los muertos. Luego volvieron á la aldea con los rebaños. Las mujeres, que miraban el bosque tupido tras de los muros del cementerio, los vieron avanzar por entre los árboles y acudieron á su encuentro con el cura, y volvieron bailando en grandes rondas, en medio de los chicos y de los perros.

Mientras se divertían bajo los perales de la vega, donde el Enano Pelirrojo colgaba linternas en señal de «Kermesse», preguntaron al cura qué debían hacer.

Resolvieron, por último, preparar una carreta para traer á la aldea el cuerpo de la mujer, y sus nueve chiquillas. Las hermanas y otras campesinas parientas de la muerta subieron á la carreta, como asimismo el cura que caminaba con trabajo, pues era ya viejo y muy gordo.

Penetraron en el bosque y llegaron en silencio ante el deslumbramiento de la llanura, donde vieron los hombres desnudos y los caballos tumbados sobre el hielo luminosó, entre los árboles. Luego marcharon hacia la granja que ardía en medio del paisaje.

Cuando llegaron á la vega y á la casa roja de llamas, detuviéronse ante la reja para contemplar la gran desdicha del campesino, en su jardín. Su mujer completamente desnuda, pendía de la rama de un enorme nogal, y él subía por una enorme escalera para trepar al árbol en torno al cual las nueve chicuelas aguardaban á su madre sobre el cesped. El hombre caminaba ya por el vasto ramaje cuando de pronto vió sobre la luz de la nieve, la multitud que lo miraba. Hizo señas, llorando, de que lo ayudaran, y penetraron en el jardín. Entonces el sacristan, el Enano, el fondero del *León Azul* y el del *Sol de Oro*, el cura con una linterna y muchos otros campesinos subieron al nogal nevado, al claror de la luna, para descolgar á la muerta que las mujeres de la aldea recibieron en sus brazos al pié del arbol, como en el descenso de la cruz de Nuestro Señor.

Al día siguiente la enterraron, y esa semana no ocurrió ningún otro suceso extraordinario. Pero el domingo unos lobos hambrientos recorrieron la aldea después de la misa mayor, y nevó hasta mediodía; luego, el sol brilló repentinamente en el cielo, y los paisanos volvieron á sus casas para comer y se vistieron para asistir á la adoración del Santísimo Sacramento.

En ese momento no había nadie en la plaza, pues helaba de una manera cruel. Sólo los perros y las ga-

llinas andaban bajo los árboles, donde algunos carneros pacían un triángulo de cesped, y la sirvienta del cura barría la nieve de su jardín.

Entonces una banda de hombres armados atravesó el puente de piedra sito en el extremo del pueblo, y se detuvo en la vega. Unos campesinos salieron de sus casas, pero volviéronse aterrados reconociendo á los españoles y se asomaron á las ventanas para ver lo que iba á pasar.

Había unos treinta jinetes, cubiertos de armaduras, en torno á un anciano de barba blanca. Llevaban á la grupa lansquenetes amarillos ó rojos que se apearon y corrieron por la nieve para desentumecerse, en tanto que varios soldados vestidos de hierro, también echaban pié á tierra y se ponían á mear contra los árboles á los cuáles habían atado sus caballos. Luego se dirigieron á la posada del *Sol de oro* y llamaron á la puerta. Les abrieron con vacilación, y fueron á calentarse ante el fuego haciéndose dar cerveza.

En seguida salieron de la posada con jarros, cántaros y panes de trigo para sus compañeros alineados en torno al hombre de barba blanca, que esperaba en medio de las lanzas. Como la calle seguía desierta el jefe situó unos jinetes detrás de las casas, á fin de guardar la aldea del lado del campo, y ordenó á los lansquenetes que le trajeran los niños de dos años, ó menos, para matarlos, como está escrito en el Evangelio de San Mateo.

Fueron primero á la pequeña posada de la *Col verde* y á la choza del barbero, linderas en medio de la calle. Uno de ellos abrió el establo, y se escapó una piara de cerdos que se diseminó por la aldea. El posadero y el barbero salieron de sus casas y preguntaron humildemente á los soldados que se les ofrecía; pero no entendían el flamenco y entraron buscando á los chicos.

El posadero tenía uno que lloraba, en camisa, sobre la mesa donde acababa de comer. Un hombre lo tomó en brazos y lo llevó hasta el bosquecillo de manzanos, en tanto que el padre y la madre le seguían gritando.

Los lansquenetes abrieron también el establo del tonelero, el del herrero, el del zapatero, y las vacas, los asnos, los cerdos, los terneros y las ovejas se pasearon por la plaza. Cuando forzaron la vidriera del carpintero, varios campesinos de los viejos y más ricos de la parroquia, se juntaron en la calle y adelantáronse hacia los españoles. Se sacaron respetuosamente las caperuzas y los sombreros

ante el jefe preguntándole qué iba á hacer; pero él también ignoraba el idioma, y uno fué á buscar al cura.

Este aprestábase á oficiar y revestíase en la sacristía, con una casulla de oro. El campesino gritó: «¡Los españoles están en la vega!» Aterrado, el cura corrió hasta la puerta de la iglesia con los niños de coro que llevaban los cirios y el incensario. Entonces vió los animales de los establos circulando sobre la nieve y el cesped, los jinetes en la aldea, los soldados ante las puertas, los caballos atados á los árboles á lo largo de la calle, los hombres y las mujeres suplicantes en torno al que tenía al niño en camisa.

Dirigióse al cementerio y los campesinos se volvieron con inquietud hacia su sacerdote que llegaba como un Dios cubierto de oro entre los perales, y lo rodearon ante el hombre de barba blanca.

Habló en flamenco y en latín, pero el jefe alzaba lentamente los hombros para indicar que no comprendía. Sus feligreses le preguntaban en voz baja: «¿Qué dice? Qué piensa hacer?» Otros, viendo al cura en la vega, salían tímidamente de sus granjas, algunas mujeres acudían á toda prisa, en tanto que los soldados que sitiaban una fonda se allegaban al gran concurso de pueblo que se formaba en la plaza.

Entonces, el que tenía de una pierna al hijo del posadero de la *Col verde* le tronchó la cabeza con su espada.

La vieron caer ante ellos, y después el resto del cuerpo que comenzó á sangrar sobre el cesped. La madre lo recogió y se lo llevó, olvidándose de la cabeza. Corrió hacia su casa, pero tropezó contra un árbol y cayó de largo á largo sobre la nieve, donde quedó desmayada, mientras el padre forcejeaba entre dos soldados.

Unos jóvenes campesinos arrojaron piedras y pedazos de madera contra los españoles, pero los jinetes enristraron sus lanzas á la vez, las mujeres huyeron, y el cura se puso á dar alaridos de horror con sus feligreses, en medio de los carneros, de los gansos y de los perros.

Después, como los soldados se alejaran de nuevo por la calle, cesaron en sus gritos para ver lo que iban á hacer. La banda entró en la tienda de las hermanas del sacristán y salió tranquilamente sin hacer daño á las siete mujeres que rezaban de rodillas en el umbral.

Fueron, en seguida, á la fonda del *Jorobado de San Nicolás*. Allí también les abrieron inmediatamente para aplacarlos, pero reaparecieron en medio de un gran tumulto,

con tres chicos en brazos, rodeados por el jorobado, su mujer y sus hijas, que suplicaban con las manos juntas.

Llegados á donde estaba el anciano, pusieron á los chicos al pié de un olmo, donde se quedaron sentados sobre la nieve, con su ropa dominguera. Pero uno de ellos vestido de amarillo, se levantó y corrió vacilando hacia los carneros. Un soldado lo persiguió, y el chico murió de bruces contra la hierba, en tanto que mataban á los demás en torno del árbol.

Todos los campesinos y las hijas del posadero emprendieron la fuga lanzando grandes gritos y se metieron en sus granjas. Sólo en la vega, el cura suplicaba á los españoles con alaridos, yendo, de rodillas, de un caballo á otro, con los brazos en cruz, mientras el padre y la madre, sentados sobre la nieve, lloraban lastimeramente á sus hijos muertos, extendidos sobre sus piernas.

Recorriendo la calle, los lansquenetes notaron la gran casa azul de un cortijero. Quisieron echar abajo la puerta pero era de roble y estaba claveteada. Tomaron entonces varios toneles helados en una charca que había ante la puerta, y los usaron para subir hasta el piso alto, por cuya ventana penetraron.

Había habido kermesse en la granja y algunos parientes habían venido á comer jamón, crema y barquillos, con la familia. Al ruído de los vidrios rotos se habían juntado detrás de la mesa cubierta de jarros y de platos. Los soldados entraron en la cocina y después de una gran batalla, en que varios fueron heridos, apoderáronse de los chicos, de las chiquillas y del mozo de la granja que había mordido la mano de un lansquenete y salieron cerrando la puerta trás de ellos para impedir á los habitantes que los acompañaran.

Los aldeanos que no tenían hijos, salieron lentamente de sus casas y los siguieron de lejos. Cuando estuvieron con sus víctimas ante el anciano, los soldados las arrojaron contra el cesped y las mataron tranquilamente, con sus lanzas y sus espadas, en tanto que á lo largo de la fachada de la casa azul, las mujeres y los hombres, asomados á las ventanas del piso alto y del granero blafesmaban y se agitaban al sol, como locos, viendo los trajes rojos, rosados ó blancos de sus hijos, inmóviles sobre la hierba, entre los árboles. Luego ahorcaron al mozo de la granja colgándolo de la muestra de la *Media luna*, al otro lado de la calle, y hubo un largo silencio en la aldea.

La matanza, entre tanto, se extendía. Las mujeres se escapaban de las casas y á través de los jardines y de las

huertas, trataban de huir al campo, pero los soldados las perseguían y las echaban de nuevo sobre la calle. Unos paisanos, con la caperuza entre sus manos juntas, seguían de rodillas á los hombres que se llevaban á sus hijos, entre los perros que ladraban alegremente en medio del desorden. El cura, con los brazos hacia el cielo, corría á lo largo de las casas y por debajo de los árboles, rogando como un mártir, y unos soldados circulaban por el camino ó aguardaban con la mano en los bolsillos y la espada bajo el brazo, ante las ventanas de las casas asaltadas.

Viendo el dolor medroso de los campesinos, los soldados entraban de á pequeñas partidas en las granjas, y en toda la calle ocurrían las mismas escenas. Una quintera que vivía en la vieja casuca de ladrillos rosados junto á la iglesia se puso á perseguir con una silla á los hombres que se llevaban á sus chicos en una carretilla. Se descompuso al verlos morir, y la hicieron sentar sobre su misma silla, bajo un árbol del camino.

Otros soldados se treparon á unos tilos plantados ante una granja pintada de color lila y sacaron varias tejas para meterse en la casa. Cuando volvieron á aparecer en el techo, el padre y la madre se mostraron también por la abertura, con los brazos extendidos, y los otros tuvieron que derribarlos varias veces, golpeándolos con sus espadas en la cabeza, antes de poder bajar hasta la calle.

Una familia encerrada en la bodega de una choza enorme lloraba por el tragaluz, donde el padre agitaba una horquilla, con furor. Un anciano calvo sollozaba, solo, sobre un montón de estiércol; una mujer de traje amarillo se había desmayado, y su marido la sostenía de las axilas, gritando, á la sombra de un peral; otra, vestida de rojo, abrazaba á su chiquilla, á quien le habían cortado las manos y le alzaba alternativamente los brazos para ver si se movía. Otra se escapó en dirección al campo y unos soldados se pusieron á perseguirla entre los molinos, en el horizonte de los campos de nieve.

Ante la posada de los *Cuatro hijos de Aymon* se veía el tumulto de un asedio. Los habitantes se habían atrincherado, y los soldados rondaban la casa sin poder entrar. Trataban de treparse hasta la muestra por las espalderas del frente cuando advirtieron una escalera, detrás de la puerta del jardín. La aplicaron contra la pared y subieron uno tras otro. Pero el posadero y toda su familia les arrojaron, entonces, por la ventana, mesas, sillas, platos y cunas. La escala se dió vuelta y los soldados cayeron.

En una choza hecha de tablas, al extremo de la aldea, otra banda encontró una campesina que lavaba á sus hijos en una tina, ante el fuego. Como era vieja y casi sorda no los sintió entrar. Dos hombres tomaron la tina y se la llevaron, y la mujer, despavorida los siguió con la ropa de los chicos á quienes quería vestir. Pero cuando, de repente, vió las manchas de sangre de la aldea, las espadas en la vegá, las cunas derribadas en la calle, las mujeres de rodillas y las que agitaban los brazos en torno á los muertos, se puso á gritar de un modo formidable, golpeando á los soldados que dejaron la tina en el suelo para defenderse. El cura acudió á su vez, y con las manos cruzadas sobre la casulla imploró á los españoles, ante los niños desnudos que se lamentaban en el agua. Acercáronse unos soldados que lo apartaron y ataron á un árbol á la campesina loca.

El carnicero había ocultado su chicuela y apoyado contra la pared miraba con indiferencia. Un lansquenete y uno de los que gastaban armadura entraron á la casa y descubrieron á la niña escondida. Entonces, el carnicero, desesperado, tomó uno de sus cuchillos y los persiguió por la calle, pero una partida que pasaba lo desarmó y lo colgó, de las manos, de uno de los ganchos de la pared, donde estuvo hasta la noche agitando las piernas y la cabeza, blasfemando.

Un campesino acosado saltó á una barca amarrada al puente de piedra y se alejó, con su mujer y sus hijos, por el estanque. No atreviéndose á aventurarse por el hielo, los soldados iban y venían, encolerizados, entre los arbustos. Se treparon á los sauces de la orilla procurando alcanzarlos con sus lanzas, y como no lo consiguieran, se quedaron largo rato amenazando á la familia aterrada en medio del agua.

La vega, entre tanto, estaba llena de gente, porque allí es donde se mataba mayor número de niños ante el hombre de barba blanca que presidía el degüello. Los muchachitos y las chicuelas que ya caminaban solos se habían reunido también allí y miraban morir á los otros con curiosidad comiendo las tostadas de su merienda, ó se agrupaban en torno al loco de la parroquia que tocaba la flauta sobre la hierba.

De repente se produjo un largo movimiento en la aldea. Los paisanos corrían hacia el castillo que se halla sobre una altura de tierra amarilla, al extremo de la calle. Habían advertido al señor inclinado sobre las almenas de su torre, de donde contemplaba la matanza. Y los hombres, las mujeres, los viejos, con las manos tendidas le suplicaban como

á un rey del cielo, con su manto de terciopelo violeta y su toca dorada. Pero él levantaba los brazos y alzaba los hombros para demostrar su impotencia, y como lo imploraran de un modo cada vez más terrible, descubiertos y arrodillados en la nieve, volvió lentamente á la torre y los paisanos no tuvieron ya esperanza.

Cuando hubieron muerto á todos los niños, los soldados, rendidos de fatiga, limpiaron sus espadas en el pasto y merendaron bajo los perales. En seguida los lansquenetes subieron en aneas y todos juntos se marcharon de Nazareth por el puente de piedra, como habían venido.

Después el sol se puso en la selva roja que cambiaba el color de la aldea. Cansado de correr y de suplicar, el cura se había sentado en la nieve, delante de la iglesia, y su sirvienta miraba á lo lejos, junto á él. Veían la calle y la vega cubiertas de campesinos endomingados que vagaban por la plaza y á lo largo de las casas. Unas familias con el chico muerto sobre las rodillas ó en brazos, narraban su desgracia, con asombro, en los umbrales. Otras lo seguían llorando donde había caído, cerca de un tonel, bajo una carreta, á la orilla de una charca,—ó se lo llevaban en silencio. Algunos lavaban ya los bancos, las sillas, las mesas las camisas manchadas de sangre y recogían las cunas arrojadas á la calle. Pero casi todas las madres se lamentaban bajo los árboles, ante los muertos extendidos sobre el cesped, y que reconocían por sus trajes de lana. Los que no tenían hijos se paseaban por la plaza y se detenían alrededor de los grupos desolados. Los hombres, que ya no lloraban, perseguían con sus perros los animales escapados ó reparaban sus ventanas rotas y sus techos entreabiertos, en tanto que la aldea tornábase inmóvil á la luz de la luna que ascendía en el cielo.

MAURICE MAETERLINCK.

Sobre la "Psicología Musicale" de Mario Pilo

A Luis Matharán

Cuando leí por primera vez á Mario Pilo, me encantaron sus lecciones sobre el arte, lo bello i el gusto. A través de una prosa fácil, fluída, brillante, alada, me revelaba una estética nueva. Aquellas páginas indemnizaban á mi espíritu de la fatiga de penetrar en las obscuridades, en la sequedad, en la rigidez metafísica de muchos estéticos alemanes.

Pensaba con delicia en lo que debían ser sus lecciones, desde aquella cátedra de Bolonia en la que sucedió á Panzacchi, en aquel claustro universitario de la vieja é intelectual ciudad que ha visto el gesto bravío i la cara de dogo de Carducci.

Hoi ha disminuído mi entusiasmo por la obra de Pilo. He dejado de compartir muchas de sus ideas, no estoi ya con su concepción democrática del arte ni con su estética positivista. Mi inquietud de espíritu me ha llevado á otras ideas.

Estas líneas no tienen en manera alguna la pretensión de una crítica metódica ni profunda de la obra de Pilo. Tampoco serena (pues pienso con ese maravilloso i desgraciado Oscar Wilde que sólo puede hablarse imparcialmente sobre cosas que no nos interesan). Son simples y ligeros comentarios en los que he tratado de poner todo mi entusiasmo i mi interés.

En el primer capítulo de su obra, Mario Pilo se esfuerza en probar la existencia de la música entre los animales. Nos cita el ejemplo de los grillos, de las cigarras, nos dice que en estos animales existe una *música instrumental*, por cuanto los sonidos que ellos producen no resultan del juego del aire en lo que podrían ser órganos vocales, sino del juego de los élitros.

¿Que los griegos consideraban esto como arte? ¿Que los poetas antiguos se enorgullecían en compararse con esos animales? Figuras retóricas. ¿Que Anacreonte les dedicó una de sus mejores odas? Un capricho.

La zoología más elemental nos enseña que esa pretendida música es una función fisiológica i tiene su valor desde el punto de vista de la función sexual, que es un medio de que se sirve el macho para atraer á la hembra.

Pero no creo que en ese fenómeno, como en el canto de los pájaros, como en los gritos de los mamíferos deba suponerse una música, una intención de arte. El fenómeno artístico es consciente por su forma i voluntario por su expresión. Es facultad entonces del espíritu humano, i cuando se habla de música como de cualquier otra manifestación artística, debe hacerse con referencia al hombre.

De lo contrario cabría pensar en un asno artista, desgranando en infinitas cadencias inefables su filosófico rebuzno.

Y con igual derecho deberíamos suponer una intención artística á la fuente, que perdida en el fondo de un parque solitario, aduerme la monotonía de las horas con su canción, oscura i sin alma.

Ese primer capítulo de la obra de Pilo, está desprovisto de todo valor estético. Puede tener su interés relativo en lo que á la zoología se refiere, i también, como un ejemplo de las exageraciones á que pueden conducir las teorías positivas extremadas, llevadas al campo de la especulación estética. Y esto podría también decirse de hartas páginas del libro. De este juicio deben salvarse los últimos párráfos, referentes á la música entre los salvajes que hemos de considerar como arte—aunque primitivo i rudo—i los balbuceos musicales del niño, que es la inconsciente prehistoria de los abuelos, i las líneas en que nos da su concepto de la música, que considera como todo sonido capaz de producir una delectación artística. «Y con esto entiendo—nos dice—cualquier sonido, por cualquiera i de cualquier modo producido, por cualquiera i de cualquier modo gozado; entiendo cualquier goce acústico, sea por parte del ser vivo que lo debe á un agente exterior orgánico ó inorgánico, sea por parte del ser vivo que es el mismo agente consciente ó inconsciente, para los otros ó para sí, ó para sí solamente; i entiendo cualquier goce acústico ante todo i sobre todo sensorio específico, i luego secundario i eventualmente simpático con los otros sentidos, esto es, capaz de suscitar sensaciones diversas, concomitantes por asociación nerviosa, ópticas,

tactíles, musculares, viscerales, (Pilo es de los que creen en un sentido estético muscular i visceral), i también, i mejor, psiquismos más elevados i complicados, emociones, pensamientos, éxtasis».

Sobre la primera parte de esta tesis creemos no deber insistir más, i nos extenderemos sobre la segunda i más importante de esta concepción que Pilo desenvuelve i fundamenta en páginas sucesivas que pasamos á analizar.

Nuestro autor empieza por establecer una música sensorial. Nos dice que antes de la música sentimental, se goza de una música puramente sensorial.

Nos habla de cierta música que no tiene más objeto que el de acariciar el oído de *virtuosismo*, i de tantas manifestaciones de decadencia del arte.

Pero sobre un vano juego, sobre formas desviadas, de degeneración, sobre formas de decadencia de la actividad artística, que representan para la música lo que en literatura constituyen las sutilezas retóricas, los malabarismos de lenguaje, no pueden establecerse conclusiones de índole general.

Nos cita también la circunstancia en que uno se deleita silbando, tarareando una canción ó batiendo en ritmo los piés.

Pero si eso no es arte, si eso es un simple desahogo de la actividad nerviosa. Es como cuando en momentos de hastío, ó para entretener el ocio de una espera, ó para pensar ó soñar más á gusto, se pone uno á seguir la quimérica arquitectura que eleva en el aire el humo de un cigarro.

Pilo quiere dar á la música un carácter objetivo, una función reproductiva de luces, colores, gestos, olores, sabores, de estímulos de toda especie, reconoscibles á través de la veste sonora de que se envuelven.

Error. La música debe ser ante todo subjetiva. No reproduce como la pintura ó la escultura las cosas naturales. Es alma, es mundo ideal. Evoca recuerdos, emociones ya vívidas, nos hace ascender á regiones de ensueño de misterio i de quimera, substrayéndonos á la baja realidad, «dándonos la visión rápida i pasajera de un paraíso á la vez familiar é inaccesible, que comprendemos i no obstante no podríamos explicar».

Confieso que me desconsuela sentir como se rompe el encanto poético que uno forja alrededor de la música al seguir á Pilo en el desenvolvimiento de su obra, por ejemplo, cuando nos habla del efecto de la música sobre el estómago i los intestinos, haciendo arrancar de allí la costumbre de acompañar con orquestas los banquetes.

¡La música al nivel de una droga capaz de facilitar la digestión! ¡Cuántas producciones admirables de Chopin i de Schumann, que nos hacen elevar á las purificaciones de la divina tristeza, parangonadas con los productos de la química!

Y todavía Mario Pilo dice que estos efectos son los menos estéticos que la música puede producir. Como si tales efectos—si posible es hablar de ellos—tuvieran algo de estéticos... Francamente, es una heregía imperdonable.

No creo, tampoco, que deba asignarse mayor valor general á sensaciones que la música pueda despertar en otros sentidos que no el oído.

Es mui común encontrar esas sensaciones asociadas en las producciones literarias. Recuerdo ahora en la «Salomé» de Oscar Wilde, cuando la hija de Herodias envuelve á Yokanaan en el ritmo de su deseo i clama por la boca del profeta, roja como el *grito rojo* de las trompetas. Baudelaire nos dice:

> Il est des parfums frais comme des chairs d'enfants,
> Douces comme les hauts bois, verts comme les prairies.

¿Rimbaud no ha dado un color á las vocales? Y Carducci no nos habla en su bellísimo soneto *Il bove*, de

> Il divino del pian silenzio verde?

Y como estos hai numerosos ejemplos que todo el mundo habrá encontrado en sus lecturas. Pero en la música las cosas pasan de otro modo.

La música por sí misma, directamente, no nos da las representaciones visuales que pretende Pilo. Es nuestra imaginación, la sugestión, una índole especial de conceptos quienes las comportan.

En el caso de Berlioz citado por Pilo, en el caso de ese *cuadro orquestal* (son las palabras de nuestro autor) en que la música nos hace ver el laboratorio de Fausto, oscuro, profundo con el rojo resplandor de los hornillos, con sus frescos, etc., veamos de donde provienen esas sensaciones visuales.

Sabemos que un sonido grave, profundo, puede darnos ideas de tristeza, de sombra; uno vibrante, cristalino, una idea de claridad, de alegría. Esto no lo olvida el poeta para aumentar el poder sugestivo de sus versos con la música propia de las palabras.

Pero en el caso del cuadro orquestal, la música no nos hace ver todo eso por sí misma. Lo vemos en escena, i á

esa representación visual asociamos la auditiva, las ligamos de tal modo que nos parecen formar una sola. Pero si nos limitáramos á escuchar la producción musical, independiente de toda decoración, sin conocer el libreto, ó el poema, ó el programa que pudo originarla i que va unido á ella, si no supiéramos que á tal ó cual momento de la música corresponde un hecho determinado, objetivo, no veríamos nada, i sería mejor, porque nos limitaríamos á sentir la música, á poner en esa música nuestra alma.

Después de hablarnos de paisajes i de cuadros musicales lo hace de la línea, del perfil típico de las canciones que permite dividirlas, clasificarlas formar grupos, familias, lo mismo que con la fauna i flora, en cada país.

Convengamos con Pilo en que la música tiene caracteres propios según las regiones, que nos permiten distinguir la música nórdica de la meridional. Convengamos en que el canto de un pueblo de la llanura se diferencia del de un pueblo de marinos, como se diferencian también sus lenguajes respectivos; pero no hablemos de líneas, de perfiles como si se tratara de fisonomías que se clasifican, de grupos ó de familias de una fauna ó flora musical.

Señalemos, sí, con Taine, las diferencias temperamentales que un medio dado puede determinar en los individuos sometidos á su influencia, i de esas diferencias temperamentales elevémosnos al carácter sentimental peculiar de cada arte según las regiones, los climas, i nuestro modo de considerar las cosas habrá sido más logico.

Al tratar de la música i el sentimiento, si Pilo no está en absoluto con los que suponen á la música con carácter convencional, que creen que debe provocar tal ó cual sentimiento determinado,—porque nos hemos acostumbrado á prestarle esa significación de donde resultaría que su valor intrínseco es puramente acústico—, no es seguramente para reivindicar la naturaleza sentimental de la música, sino, al contrario, para darle un carácter objetivo, para hacerla residir sobre fenómenos positivos, sobre hechos concretos, cósa que no aceptamos.

El objeto de la música es la expresión del sentimiento, su materia es sentimiento, su finalidad es la producción de sentimientos. Por su carácter propio la música puede libertarse de todo hecho positivo, de un asunto cualquiera. Le basta con que los sonidos lleven la vibración de la vida íntima, del calor del alma.

Y en este punto estoi con Hegel: «Los sentimientos interiores del alma privados de toda objetividad, la *subje-*

tividad más abstracta en sí serán solamente apropiadas á la expresión musical, será el yo en su simplicidad, la persona sin otro contenido que ella misma. Luego el principal problema de la música consistirá, no en hacerse eco harmonioso de los objetos exteriores sino en hacer resonar las cuerdas más íntimas del alma, i reproducir todos los movimientos que se operan en este mundo completamente ideal».

Precisamente en lo que Pilo achaca á la música de más imperfecto refiriéndose á su aptitud para la expresión del sentimiento, en la vaguedad é imprecisión de las emociones ó afectos que traduce, creo que reside el encanto i el poder de la música.

La música es el arte por excelencia de la vaguedad. Creo como Schopenhauer que «no expresa tal alegría especial ó definida, tales ó cuales tristezas; tal dolor, tal espanto, tal arrebato, tal placer, tal sosiego de espíritu, sino la misma alegría, el dolor, la tristeza, el espanto, los arrebatos, el placer, el sosiego del alma. No expresa más que la esencia abstracta i de toda circunstancia».

Y bien, por lo mismo que es indefinida, que no nos obliga á ceñirnos á una determinada concepción, podemos volcar en la música toda nuestra alma, llenar su amplio horizonte con nuestros sueños, con nuestros recuerdos, con nuestra inquietud, con nuestra aspiración hacia lo ideal, con nuestra sed de misterio.

Peladan, al comentar el *Tratado de la pintura* de Leonardo de Vinci (en el capítulo relativo al *Paralelo de la pintura i de la música*) se pregunta: «Sourire de la *Joconde*, sourire de la *Sainte Anne*, sourire du *Saint-Jean*, que voulez-vous dire?— La même chose que les desniers *quatuors* de Beethoven—Et que disent les derniers quatuors?—Ce que chacun a dans l'âme».

Se diría que con la música es más completa i más augusta nuestra comunion con la Quimera, con la Quimera que pone en nuestras frentes el signo del dolor, en nuestras pupilas el velo de la serena i santa tristeza, que nos hace tender inconscientes el brazo para estrechar las manos de la sombra, pues sabemos que no marchamos solos en la ruta dolorosa, i que hace descender sobre nuestra alma la dulzura infinita de sentir que alguien nos mira desde las estrellas...

Refiriéndome á la mímica i á la palabra como substractum de la música, creo que Mario Pilo está en lo razonable al afirmar que es secundario é innecesario para la producción del efecto emocional que se propone.

Más aún creo que la letra que se agrega á una producción musical nos distrae de la pura emoción que esperamos sentir, la debilita, nos la presenta con mezcla de extrañas sugestiones, i al darnos un algo con que llenar ese mundo de sonidos, evita que podamos poner en él nuestra propia alma, nuestros propios sentimientos, nuestros propios sueños.

No creo que como lo hace Pilo deba hablarse de una música intelectual.

Kant, en su división de las artes, asigna á la música el último rango, considerándola como la más baja entre todas las manifestaciones artísticas, por cuanto—cree—no tiene otro objeto que el de halagar nuestras sensaciones, producir el bello juego de las sensaciones, sin alcanzar á mover nuestra razón. Y luego, no deja de atacar á la música considerándola fastidiosa, molesta por el ruido de los instrumentos, (Gautier, dirá más tarde que de todos los ruídos la música es el más molesto i el más costoso), tanto que uno, leyéndolo, no puede menos de pensar con don Marcelino Menéndez y Pelayo, que el filósofo de Konigsberg ha querido desahogarse de los malos ratos que probablemente le hizo pasar algún vecino melómano, rompiéndole los tímpanos mientras él navegaba en plena concepción de sus noumenos.

La música no se propone producir sólo sensaciones que halaguen nuestro oído.

Un árabe de España, Aben-Gabirol (el Avicebrón de los cristianos) nos dice que el oído tiene por objeto la educación del sentimiento porque con él percibimos la música que produce en nosotros sentimientos de piedad, de simpatía: i esto no contradice en nada la tesis que venimos sustentando.

Decir que la música se propone sólo la satisfacción de nuestro oído, es asignarle un rol demasiado estrecho i mezquino.

Los sonidos pasan, se suceden rápidamente, se destruyen enseguida. La impresión que ellos traen es duradera, i bajo su influencia formamos diferentes representaciones de situaciones emocionales.

Lo he dicho más de una vez en el curso de la presente exposición, que la música es el arte por excelencia, de la evocación de sentimientos, emociones, sueños, recuerdos. Con cuánta razón pudo Miguel Cané decir en las deliciosas páginas de su «Juvenilia», que un individuo sentado al piano puede recomponer en pocos momentos todó el espectácu-

lo de su vida pasada, i D'Annunzio anhelar en su «Romanza della donna velata»:

Chi dunque ne la mía memoria oscura
susciterá quel duplice ricordo?
Una musica e un sogno. (E una figura
di donna?) Oh, ch'io ritrovi il primo accordo
e rivivrá la dolce creatura,
ed il sogno con lei, nel mio ricordo,
e l'una e l'altro non morranno piú.

La música no puede dirigirse tampoco á la razón, como quiere el filósofo alemán, ó haber una música intelectual como quiere Mario Pilo.

Es ya un lugar común que el arte no se dirige á la razón sino al alma. Que al entendimiento hablan la ciencia i la filosofía; i al sentimiento el arte.

El lenguaje de la música es el del sentimiento, no el de la inteligencia, i recordando á Wagner diremos que la música debe expresar la parte indefinida del sentimiento que la palabra, demasiado positiva, no puede darnos.,

Creo como Spencer que nuestros sentimientos irán saliendo poco á poco del secreto en que los tenemos á medida que vayan teniendo menos necesidad del secreto i que entonces se mostrarán con una franqueza que hoi no osamos dejarles, para la cual les será menester un lenguaje más expresivo i apropiado; que el lenguaje de la pasión se irá desarrollando i tomará formas más complejas, permitiendo al fin á los hombres comunicarse completamente sus emociones; i que es función de la música contribuir á formar ese lenguaje, i que ella prepara el advenimiento de esa felicidad superior á la que nos hace ya pregustar...

ALFONSO CORTI.

LA FILOSOFÍA DE LOS SANOS [1]

Mi querido amigo:

Usted quiere que le haga un sistema. ¿Y vale acaso la pena? Un sistema no es una novela, que uno se mete á componer sin saber dónde irá á parar, como de su procedimiento confesaba Jorge Sand; un sistema se hace de por sí, si se hace, y resulta del trabajo y las observaciones de toda la vida.

El filósofo no piensa en componer sistemas, ni en comunicarlos; piensa en la verdad únicamente y en buscarla para sí; y si descubre que un camino es falso, trata de hacer volver atrás á los que andan por él, y esto con el empeño con que se detiene á quien está por caer en un hoyo. De ahí lo pegadizo y molesto de su conversación. Por lo común, al menos al principio, se le toma por loco, y también de deslenguado lo hace considerar el poco respeto con que habla tal vez de personas de gran nombradía y reputación y su costumbre de reirse de las opiniones que suelen tenerse por las más acertadas. Nadie se da cuenta de que es movido por la evidencia del error y del perjuicio que reporta, y por el amor á la verdad.

Es muy difícil que llegue á componer un sistema, por cuanto lo que él busca es la verdad y no un modo cualquiera de eslabonar sus ideas entre sí. No pretende

(1) Mi querido amigo y distinguidísimo colaborador de *Nosotros*, doctor Has Friedrich, nos ha abandonado, para volver á su tierra, Dinamarca. Ha ya seis meses que ha partido, y por lo que sospecho, ni ha de regresar ya á ésta su segunda patria, donde tantos cariños deja, ni ha de escribir más en *Nosotros*. Una nutrida correspondencia que con él he mantenido durante nuestra larga amistad, sobre variados asuntos filosóficos, que el doctor iluminaba con todas las luces de su claro ingenio, correspondencia que tengo en mi poder, me ha inducido á suplir su olvido de nuestra revista, con la publicación de una serie de sus valiosas cartas, que, como el lector verá, equivalen, por su carácter absolutamente impersonal, á verdaderos artículos. Doy á continuación, una que escojo al azar en la serie, contestación á otra mía sin importancia ninguna.—R. G.

deducirlo todo de un principio, sino descubrir como están las cosas. Los principios serán dos, ó mil, poco le da: lo que sí le importa es saber cuales son. La verdad está dispuesto á acogerla tal cual es, aun cuando resultara una condena de todo lo que desea. La filosofía no reside en la agudeza de la mente, sino en la sinceridad del amor á la verdad, y por consiguiente, en la fe inquebrantable en su existencia, y la posibilidad de su conocimiento.

Sócrates no tenía ningún sistema que contraponer á los sofistas; si encontró razones valiosas para refutar una que otra de sus tesis, ello fué en lo sucesivo, y si se echó á buscarlas fué sólo porque los sofistas negaban la posibilidad del conocimiento y la existencia de la verdad, que eran los artículos de su fe.

Es la fé, pues, lo que constituye al filósofo, fé en que la verdad existe y es buena, de suerte que él no puede querer que el hombre sea víctima del error.

Resulta, por lo tanto, que cualquier sistema que conduzca por cualquier camino á la negación de uno de aquellos artículos, la existencia de la verdad ó la posibilidad de conocerla, es obra de sofista, ya que no de filósofo, y de sofista tanto más peligroso y dañino cuanto más difíciles de destruir son sus argumentos. El filósofo es el creyente en la verdad, y como tal fanático por ella, aunque nunca presuma conocerla; sabe que es posible y que existe, y para él cuantos niegan cualquiera de las dos cosas, no son tan sólo equivocados, sino impíos y perversos. El filósofo, que no ambiciona honores ni riquezas y no desea placeres, para quien, pues, la vida no tiene valor alguno, no admite el empleo de la razón como juego ó ejercicio, sino sólo para investigar, descubrir la verdad. Sin este objeto, usar de la razón es para él abusar de la razón, cosa indigna de un nombre formal y honrado, el mayor de los crímenes.

Tal fué Platón, el corazón más noble, el que amó la verdad con amor más puro y gallardo, capaz de conmoverla y atraerla sobre la tierra, si hubiese existido en alguna parte. En aquella lucha entre Platón y los sofistas, los espíritus superficiales no ven sino un hecho momentáneo, un episodio de la historia de Grecia; y es la historia de la humanidad.

No mueren ni la sofística ni la filosofía, siendo las condiciones de su existencia inmanentes en el género humano y en cada hombre, pues cada hombre es sofista y filósofo, según las circunstancias. La sofística aspira á

suprimir la verdad, niega el conocimiento de lo real, simplemente para no tener que conformarse á aquélla y libertar al individuo de todo obstáculo y ley: tal aspiración ingénita, es material, es la tendencia á dominar del individuo mismo. Y no es que propiamente se desee la supresión de toda realidad; lo que se anhela es dar consistencia y realidad á los objetos de nuestros deseos: para ello empero se necesitaría que la realidad no estuviese hecha á su manera, independientemente de nuestras aspiraciones. No que no deba haber un mundo; lo que se quiere es que el mundo sea tal como el deseo se lo forja á cada cual en la fantasía. Es tener que reconocer que el mundo ya está hecho lo que nos pesa, y es por eso profundo el concepto bíblico que pone la esencia de todo pecado en querer el hombre sustituirse á Dios: ser Dios y fabricarse luego el propio mundo.

Como tal aspiración es natural y es una cosa misma con la individualidad, se comprende fácilmente el por qué del favor que halla la sofística, así como la repugnancia que inspira la disposición contraria, esto es, la aceptación de la realidad y el esfuerzo por descubrirla, á fin de conformarnos á ella en la conducta.

La nueva sofística comienza con Descartes; y por más que se intente persuadir al mundo de que aquella no es sofística sino filosofía, no se consigue, pues si la una es inmortal, también lo es la otra. Cada cual, cuando es presa de una pasión violenta se vuelve sofista, y retorna á ser filósofo y á reconocer la existencia de lo real, cuando recoge el fruto amargo de su voluntaria ilusión.

La filosofía es inmortal como la razón. Esta es una brújula muy delicada y en extremo sensible; el menor deseo que despierta en el corazón basta para desviarla; pero al desviar siente sobre sí la acción de la fuerza exterior y que muy distintas serían sus conclusiones si fuera libre, sentimiento que no le permite adherirse plenamente á lo que se le muestra, mientras está en tal estado. En una palabra, el entendimiento es filósofo, ya que su mismo nombre supone la existencia de algo real y la posibilidad de conocerlo; y el instinto es sofista.

Y por cualquier vía se llega á la misma conclusión: que filósofo es el que cree en la existencia de una realidad independiente de nosotros y nuestros deseos, y en la posibilidad de alcanzarla, y sofista el que niega, ó la existencia ó la posibilidad de la verdad, ó ambas cosas.

Usted me preguntará talvez si á mi parecer Platón ha dado con la verdad. Le contestaré que si el sistema de Platón no es cierto, es, sin embargo, la más fiel expresión de su conciencia. Hasta donde las fuerzas de su ingenio y su penetración le permitieron, llegó; y si no resolvió todos los problemas, todos los planteó.

Aristóteles refutó el resultado, la fórmula última de sus investigaciones; pero su refutación no es completa.

Platón parte de la observación diligente de los hechos y trata después de explicarlos mediante una hipótesis que se extienda á todos. Antes de refutar la hipótesis, Aristóteles hubiera debido volver á examinar los hechos uno por uno, y sin prevenciones; rechazando la hipótesis si insufiente para explicarlos todos ó si los dados por Platón como hechos no subsistían. Pero cómo tales hechos subsisten y no son una ficción de Platón, no está de acuerdo con el método científico rechazar su hipótesis, que da razón de aquéllos, sin tener otra con qué substituirla. Aristóteles, al dar por refutado á Platón, no consiguió sino apartar la atención de los hechos por éste observados, hechos reales y bien observados.

Se impone una revisión del sistema platónico. Habría que examinar los hechos observados por el filósofo, y si subsisten y la hipótesis por él propuesta no satisface, buscar otra. Semejante refutación de Platón no se ha hecho hasta el día de hoy. No debe, pues, extrañar que quien lee á Platón y se da cuenta de las observaciones que le guiaron á escoger su hipótesis, no le crea aun refutado, y si bajo mil formas el platonismo vuelve á renacer.

Pero aun admitiendo que sus hipótesis no sean adecuadas, ello nada significa, por ser deber del filósofo no ya hallar la verdad, sino buscarla y no buscar otra cosa.

De todo lo cual resulta que no puede ser filósofo sino quien sepa tenerse libre enteramente de todo cuanto pueda crear en él un interés contrario á la verdad. Y he aquí cómo la filosofía escogió muy pronto un sistema especial de vida; y si como á lo demás, hubiese podido el filósofo renunciar al orgullo, la sofística se habría muerto.

Todas las pasiones desvían la razón, pero sin quitarle el sentimiento de la desviación; el orgullo al contrario apaga en ella este sentimiento: es el plano vertical en que colocada la brújula, desvía naturalmente y pierde

su tendencia hacia el Norte. El sofista, entonces, lo es sin creer serlo, y á la fuerza de los argumentos que quizás aduce, se agrega la sugestión del convencimiento.

Pero el orgullo tiene su humo que lo denuncia. El orgulloso siempre se presenta como un reformador, como el que viene á dar la verdadera certidumbre, á abrir los ojos al género humano. Relea usted el *Discurso sobre el método* de Descartes y advertirá que es todo un poema de orgullo, y nadie ha sido víctima de más burdas ilusiones. Nada más noble que sus propósitos: quiere dar de Dios una prueba ontológica, una demostración matemática, ahuyentando toda duda sobre la inmortalidad del alma. Es religioso, antes bien católico, y tan sometido á la autoridad eclesiástica, que después de Galileo seguirá negando el movimiento de la tierra. Pero no es de fijo á su prueba ontológica ni á sus intenciones místicas que debe su celebridad: al contrario, todo esto, lo que tal vez más importaba á Descartes, constituye la mayor dificultad para el moderno historiador de la filosofía, que quiere presentarlo como hombre superior y á su sistema como algo razonable y liberal. Lo que hizo la fortuna de Descartes, es la tesis sofística que su sistema entraña.

Kant se presenta con intenciones no menos halagüeñas. El quiere poner para siempre la religión al abrigo de todo asalto. Los asaltos, dice, le llegan de parte de la razón; nosotros mostraremos lo que la razón vale. También Kant debe el lugar que ocupa á la tesis sofística que está en el fondo de su sistema.

Volviendo al grano, le diré que el sistema no hace al filósofo, sino el amor sincero de la verdad. Usted observará que si por lo dicho, no es dable amar la verdad si antes uno no consigue suprimir en sí mismo todo deseo tal disposición sincera es imposible en el ser humano, y no se lo niego y tan es así que esta tan soñada verdad no tiene todavía trazas de dejarse encontrar; pero nadie puede pretender que el hombre no sea hombre y no tenga pasiones ni deseos y por lo tanto algún interés con respecto á la verdad, que ha de preferir que sea más bien de un modo que de otro. Pero hay un remedio, y es comprender bien que si usted se engaña, usted es quien se engaña y ha de sufrir las consecuencias del engaño. El amor á si mismo que no es el orgullo, puede, pues, neutralizar la influencia de la pasión sobre la brújula.

En cuanto á lo demás, no puedo más que indicarle el camino que he seguido yo mismo para llegar á formarme alguna idea y salir del atolladero de tanta contradicción: con la esperanza de que acaso le sirva, mañana se lo voy á señalar. (1)

Su afectísimo

HANS FRIEDRICH.

---

(1) En un próximo número publicaremos la carta á que se refiere el doctor Friedrich, complemento de la presente.

DIA GRIS

Hoy es un día gris; la hipocondría,
Se expande en el ambiente como la letanía
De chantres aburridos en una catedral;
Desmayan los colores pomposos de las rosas,
Y esfúmase el contorno preciso de las cosas,
En la luz opalina de la tarde invernal.

Baja del cielo bruno el tedio como un manto,
Los pájaros inmóviles han olvidado el canto,
La atmósfera no tiene ni un cálido rumor,
Y en espacios medidos, en la torre cercana,
Colmada de igualdades la voz de la campana.
Dilata por los vientos su místico clamor.

De la calle penetran en mi estancia cerrada,
Los ruídos embotados, como en una pausada
Sucesión de continuo martilleo sin fin;
Martilleo que dieran forjadores cansados,
Perdida la mirada, los brazos extenuados,
Batiendo sobre yunques de plomo su trajín.

Hoy vienen á la mente los fatídicos cuentos,
Del borracho andrajoso que escribió sus tormentos,
Cuyo vino fantástico se poblaba de horror;
Edgard Poe cantando sus delirios alcohólicos,
Las brujas y los trasgos, y los duendes diabólicos,
Y las sombras pobladas de un extraño rumor.

Hoy es un día gris; florecen las ideas
De los tristes recuerdos y las duras peleas
Que en el alma dejaron también su bruma gris.
Hoy se sienten deseos de burlar al destino,
Tenderse largo á largo al borde del camino,
Y ser como una cosa ni triste ni feliz!

SALVADOR M. BOUCAU.

EL BUEN CAMINO

Ayer, es siempre; mañana, nunca;
Hoy, la ocasión...
¡Dulce veneno de los recuerdos
Mézclate al vino de la emoción...

El hilo corre sobre la rueca;
Corra no más:
Cuando se corte será un tejido;
Muere tranquilo, no morirás.

A la Risa le dije: Enloqueces,—
Ella sonrió—
Y al Placer: ¿De qué sirve esto? Sirve
Tal vez de hastío, me respondió

Tira los libros, todo en los sabios
Es vanidad;
¡Juegan al juego del gallo ciego
Por el camino de la Verdad!

Vive tu vida; gózate á solas
Con tu pesar;
Ama á los hombres que son risibles
Y á las mujeres, que hacen llorar.

JUAN MANUEL MÉNDEZ.

LA CUESTIÓN PREVIA

Sólo nos gobierna el dueño de nuestros secretos.
(Hubo de haberlo dicho Maquiavelo).

Al Dr. Roque Sáenz Peña

En esta meditación angustiosa de todos los momentos en que nos sume la tremenda complejidad de la vida moderna en su girar vertiginoso y en su marcha rápida, titubeante y contradictoria hacia no sé qué derroteros de afirmaciones nítidas y categóricas que parece alguna vez ha de gozar el hombre; en esta meditación torturadora en la que el alma busca una afirmación para asirse á la vida en su sed milenaria de luz y de verdad, hemos creído descubrir algunas veces, luciendo en las tinieblas densas que todo lo envuelven, unos puntos brillantes que han dado descanso á nuestra fatiga de no ver. Son los pequeños faros que luego hemos abordado para afirmar amarras y buscar ansiosos con el pie la tierra firme de convicción que anhelara nuestro espíritu. Y hemos pisado tierra; y nos hemos creído en continentes ilimitados donde ya todo trabajo inquisitivo nos ha parecido fácil y sólo dependiente de un buen método y de un sabio plan. Pero ¡ay! los continentes presumidos no han sido, en verdad, más que vastísimas islas flotantes que con su faro encendido han continuado derivando por los mares inmensos arrastrándonos con la sed insaciada que nos hizo arribar á ellas. Y así todas las escuelas y todas las doctrinas han tomado el matiz de la luz mezquina del faro que las ilumina y no bastan á satisfacer las exigencias de la razón que salva con su vuelo todos las mares y todas las tierras movedizas, en busca de una base granítica donde asentar un único y verdadero principio generador de una doctrina

que llene el numen de las inteligencias y que se imponga por sí misma, como se imponen la luz y el aire, prevaleciendo tras todos los análisis y todas las disecciones, formando conciencia é impregnando la vida.

¿Qué queda, qué reina en nuestra alma y en nuestra médula de las suntuosidades y de las gigantescas obras de la razón en la historia del eterno problema de la filosofía? Los Vedas levantan un monumento indio literario con la afirmación de que la esencia de las cosas es la unidad. Thales, Anaximandro y Anaxímenes, que la esencia es lo tangible y lo visible. Platón, las ideas. Lo accidental, individual y concreto, Aristóteles. Pitágoras, el número. Heráclito, el devenir. Protágoras las apariencias. Demócrito los átomos y el vacío. Escato de Eurigena, precursor de los teólogos occidentales, que la esencia es Dios incognoscible, y del que sólo tenemos noticia por manifestaciones locales y temporales ó «theofonías». Vives que sólo conocemos lo que percibimos por los sentidos y lo que inducimos de las acciones y de las pasiones. Francisco Sánchez, que sólo conocemos lo particular y no sabemos siquiera si sabemos ó no. Para Bacón las únicas esencias conocidas son las leyes físicas. Para Descartes y derivaciones del cartesianismo, la esencia del hombre es el pensamiento, y la materia la extensión. Para Spinoza la esencia de las cosas es su relación con su causa inmediata. Malebranche se limita á la definición de las ideas como algo espiritual é inmutable. Leibnitz dice que la esencia son las mónadas; éstas, según su filosofía, son los elementos universales dotados de razón y de memoria, conocedores de las verdades eternas é imagen de la divinidad. Locke y Reid, como Vives, que no conocemos más que lo percibido por los sentidos y afirman la inexistencia de las ideas innatas. Berkeley, que sólo conocemos nuestras sensaciones; y Hume que no hay esencias ni existencias. Para Kant, cuanto sabemos proviene de la experiencia; pero hay formas de intuición (espacio y tiempo) y de pensamiento (categorías de cantidad, cualidad, relación y modalidad), puras de toda experiencia; los objetos los percibimos pero ignoramos lo que son «en sí». Para Ceferino González, es lo mismo conocimiento que intuición sensible y «nóumeno» es sinónimo de «cosa en sí». Otros filósofos como Bonilla, distinguen entre intuición sensible y conocimiento, y reducen al absurdo lo de intuiciones puras de experiencia y las categorías, considerándolas como abstracciones de cosas concretas. Apoyan á estos los fisiólogos, que han encon-

trado ya en el laberinto del oído el órgano periférico del sentido del espacio. Para Fichte, sólo conocemos nuestros pensamientos. Schelling, que saber es la unidad del conocimiento objetivo y la idea general infinita de este conocimiento. Hegel, que el pensamiento es la esencia de las cosas, y este pensamiento es lo absoluto. Schopenhaüer, todo es voluntad y representación; se refugia también, como su maestro, en el «nóumeno». Fechner, que espíritu y materia son dos aspectos de un mismo ser. Paulsen afirma que los individuos son meras accidencias de una unidad fundamental. Del negro pesimismo de Hartmann sacamos en consecuencia que todo es función de lo «inconsciente». Hamilton, que lo ilimitado es inconcebible; sólo podemos conocer lo limitado. Herbert Spencer desprende que sólo conocemos cosas que coexisten y que se suceden, pero que son símbolos de una realidad incognoscible. ¿Qué queda, qué reina en nuestra alma y en nuestra médula, sino la melancolía de desesperanza y el debilitamiento de un desgaste suicida de nuestros amores con ficciones forjadas y limadas por nuestro intelecto cálido? Hubiéramos perecido agotados sin vivir, si paralelos á los obreros áridos de duda y desquiciamiento no hubieran cantado en Oriente los obreros fecundos que forjaban almas y sentimientos, los Antar, los Hafiz, los Ferdussi y los Walmiki, que en Arabia, en la Persia y en la India anunciaban para Grecia y para Roma un Homero y un Virgilio que fundaran toda una estirpe de salvadores, llamados á velar por la vida de las razas, amenazadas por el mal del progreso, ese juego magnífico y mortal de los hiperbúlicos y de los ascetas de la ciencia, un efecto que se ha convertido en toda una causa amenazadora, un hecho que se ha trocado en ley fatal de condenación, de eliminamiento, de velocidad y de economía.

Exponer é implantar: nada de fecundar, vigorizar y educar; he ahí la obra ciega y absorbente del progreso, la moderna vida de acero y gránulos. Parece que hayamos renunciado á llegar y nuestro destino elegido sea el pasar tan sólo. Y, no obstante, ideales no faltan; prestigiosos nortes y puntos de mira invocamos á cada instante, y, engañados, proclamamos al hombre como fin y el ideal como medio, mientras que de cada ideal hacemos un Moloch á cuyas entrañas ardientes damos pasto de carne humana y de prístinas purezas espirituales, marchitadas sin tiempo todavía de haber gozado el engaño de vivir, agostando aquellos dones primitivos y salvajes que hicieron

decir á Luciano: «La riqueza natural del alma es la única riqueza fecunda y proficua».

Lo que el progreso llama inútil es lo único que salva á la raza de más rápida decadencia y pronta muerte. El fenómeno de reacción es eterno y oportuno en los instantes críticos de la humanidad; y el pecado de nuestra civilización de haber omitido ó de echar en olvido la cuestión previa de todas las cuestiones, será castigado severamente por cataclismos morales y arrumamientos materiales, si no se encargan las razas inferiores orientales del castigo en un surgir que tal vez sorprendidos juzguemos inopinado y repentino, pero que habrá sido un crecer lento y ordenado, en el que el alma de la raza se habrá nutrido con todo lo que le pertenecía del campo de los sentimientos. Es la cuestión previa de educación; la absoluta cuestión previa de todas las cuestiones que se debaten en nombre del bien del individuo, de la familia, del município, de la nación, esas instituciones naturales que tienen origen en sí mismas, de las que se ha hecho caso omiso y, sin cuyo planteamiento sabio y justo, la civilización continuará siendo la historia de un error cruento y humanicida.

La más horrible fatalidad es que un prejuicio se convierta en procedimiento, en norma de vida y en organización. Ya no fabricamos un progreso para el hombre; y la especialización y la división del trabajo ya no sabemos que son necesidades, se han convertido, las hemos convertido en religiones estrechas, en las que no hay más remedio que oficiar. ¿Era el hombre ideal? Pues bien; ya no es más que una herramienta, una rueda de máquina, una pieza de ajuste; puede ser el martillo, puede ser el yunque, una cosa útil que fabrica otras cosas útiles sin grande amor por la utilidad y con una gran mentira en el cerebro, no en el corazón: un amor por las generaciones futuras.

De esta inconsciencia letal, de esta obra suicida son muestra los nuevos esclavos de una idea de libertad: los anarquistas, tan amantes del progreso y tan fervorosos de la ciencia. ¿Que el progreso en la mecánica ahorra brazos y tiempo y coste y trabajo?... ¡No importa! «¡Cuando las máquinas sean pertenencia de la comunidad!...» Es evidente que el hombre á pesar de haber derrumbado el cielo con todas sus potestades, es ya un medio, un servidor del ideal; parece que casi no le importa ya más que comer para vivir... (¡qué triste efecto del cristianismo!) ¡Viva el progreso!

El progreso son las máquinas, es el arte refinado de

la simplificación, es el terrible agente de las terribles síntesis, el eliminador por excelencia, pseudo-factor de libertad... Y los doctrinarios del trabajo, entusiastas de un progreso desquiciado, olvidando que el imperativo de vivir no admite simplificación y que en la moderna sociedad y en la del porvenir la posibilidad de trabajar significa posibilidad de vivir y que aquella por obra del progreso se va encareciendo, son los cómplices de que por adaptación, por herencia al propio tiempo que por una selección al revés, se establezca en la realidad vital de la especie la teoría de las dos razas como castigo terrible é inexorable á unos hombres, que después de la obra magna de vivir sin necesitar de un dios, se han sometido á la esclavitud de unos cuantas abstracciones ó símbolos colectivos cumpliéndose la moraleja del proverbio que innovara Shakespeare: que «el mendigo á caballo lo hace galopar hasta la muerte».

La religión del alma es un ideal remoto, pero la de la raza es el interés del individuo; la utilidad inmediata; un utilitarismo sentimental más que cerebral, pues que en la tierra llueve para las raíces, y del geotropismo de éstas es el esplendor de los tallos, de las hojas y de las flores.

Amar la raíz, he ahí la cuestión previa. Cultivar unos cuantos fanatismos, desoir todas las escuelas y forjar en nuestros hijos, sin temor á las consecuencias, un amor por la libertad que sea atributo del sentimiento, desechando el escrúpulo cerebral de Stirner que temía los nuevos límites y deberes que engendra cada nueva libertad, y un grande amor á sí mismo que haga de la patria una obra de sus manos para llegar á amarla paternalmente, que es el más hondo y más alto y más prevalecedor de los patriotismos que como cuestión previa de educación ha de engendrar todo buen método y sabio plan de vida, para la nación y para el hombre, que no nace para ser hijo sino para ser padre de más fuertes y grandes padres.

LUIS DE VILLALOBOS.

"LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS"

Por la vastedad é índole de su cultura, por el profundo conocimiento del idioma alemán, el doctor Ernesto Quesada, era sin duda, el más indicado para presentar á la Universidad de La Plata, tan acabado informe sobre la enseñanza de la historia en Alemania. Porque,—es preciso decirlo desde ya,—no se trata de un simple *informe,* más ó menos burocrático, más ó menos presupuestívoro, más ó menos nacionalista... El autor de esta obra es uno de nuestros universitarios de más notoria laboriosidad é ingente preparación. Tiene por la ciencia un culto tenaz y místico, y cuando escribe un libro, parece que se le cae por fuera el aplauso del folicularío especialista en «ignorancia enciclopédica», que diría el incomparable Groussac. ¿Cuántas veces el doctor Quesada no ha interrumpido la confección de trabajos de más aliento que el presente, ó por lo menos que más satisfacen la vanidad intelectual, en homenaje á tal ó cual institución universitaria, que, aprovechando un viaje á Europa del autor, le solicitaba un informe sobre organización universitaria?

Recuérdese á este respecto su magnífico estudio sobre «La Facultad de Derecho de París», cuyo capítulo sobre Planiol, el gran civilista, es realmente un modelo en el género. Y cabe preguntarse: ¿qué gloria, que satisfacción íntima en un país como el nuestro puede procurar semejante clase de trabajo? ¿No fuera más práctico para el autor el escribir libros de más difusión, verbigracia, «La época de Rosas», tal vez el mejor de los trabajos del señor Quesada? En vano los entendidos jurarán, que trabajos como el que motiva estas líneas requieren erudición, pensamiento, paciencia, á la par de un tomo de versos decadentes: es inútil, dirase

que es un *informe*... Digno, pues, de incondicional encomio es el heroismo de un escritor que derrocha las dotes de su intelecto en la preparación de libros que sólo pueden interesar al reducido número de personas que toman en serio la elevación de nuestra cultura universitaria.

Alguien ha ejercitado su *esprit* sobre la insólita extensión de la obra. Se trata de 1.200 páginas, amén de un índice alfabético confeccionado por la señora Gisberta S. de Kurth y por la señorita Elisa Mantero, las cuales, justo es decirlo, trabajaron con un heroismo digno del maestro. Larga es la obra, sin duda; se diría que el autor se complace en no respetar la indolencia mental de nadie. Pero bien pudo el doctor Quesada responder con la paradoja de Pascal: «No he tenido tiempo para escribir más corto». Lejos de mi ánimo, pues, negar que la censura contenga una gotita de verdad, pero, si bien es cierto que una elaboración más lenta pudo ahorrar algunas páginas, no lo es menos que la obra resulta larga por la sencillísima razón de que el autor ha agotado el tema. En seis meses asistió á los cursos de historia dictados en 22 universidades alemanas. Notas, apuntes, conversaciones con profesores, alumnos, historiadores, eminencias de la pedagogía, altos funcionarios de la instrucción pública, en fin, todo lo que puede iluminar al lector supo sorprender el doctor Quesada para presentarlo en forma prolija y con objetividad absoluta. Esto basta y sobra para justificar la longitud del libro. Celebremos, pues, que no nos haya obsequiado con la consabida brevedad estéril propia de esos libros en que sólo se consigna la opinión de un profesor viajero, como si la facultad que lo envía, le hubiera encargado un *stock* de opiniones personales en vez de una acabada y objetiva descripción, de tales ó cuales instituciones pedagógicas. Y no es que el doctor Quesada eluda la calificación personal de los fenómenos que observa. Nada de eso: la prueba evidente está en que el último capítulo del trabajo es una vigorosa crítica y apología del Instituto Histórico de Lamprecht. Pero, — y esto revela lo hábil del método, — la descripción de los hechos jamás resulta turbada por el juicio intempestivo. Lo descriptivo y lo calificado alcanzan fácil distinción. He aquí, por lo tanto, uno de los méritos primordiales de la obra: conseguir que el informe conserve intacto su valor, malgrado la posible no aceptación de los dictámenes del autor. Tiene, pues, este libro las calidades esenciales que deben caracterizar el género: información prolija, objetiva y clara. La imparcialidad llega á tal punto, que el autor no sólo expone el pen-

samiento del gobierno imperial en punto á orientación nacionalista en la enseñanza de la historia, sino que, también, cosa interesante para nosotros, nos refiere las críticas que universitarios eminentes de la misma Alemania han movido á semejante tendencia. Nos ha hecho, pues, una historia de la enseñanza de la historia en Alemania.

No cumple exponer aquí el primer capítulo de la obra, dado que ello fuera repetir mal lo que el autor agota con brillo y erudición insólita. Basta recordar que en él se estudia la evolución del conflicto y enseñanza de la historia alemana desde la época preluterana hasta nuestros días. Supérfluo fuera mentar los prodigios de información que el doctor Quesada alcanza en su labor inquisitoria. Aprobación no menos incondicional merece el último capítulo, donde se estudia la organización del Instituto Histórico del profesor Lamprecht, cuyos méritos de historiador no se cansa el doctor Quesada de preconizar. La doctrina histórico-sociológica de Lamprecht, aparece allí criticada y expurgada de sus resabios metafísicos; pero el método le merece radical aprobación. De ahí que termine la obra proponiendo la creación del Instituto Histórico Universitario, análogo al que dirige Lamprecht.

Por el momento, en el presente artículo, sólo nos ocuparemos de un punto: la enseñanza de la historia en las escuelas secundarias de Alemania,. dejando para un segundo el análisis de la parte del libro que trata de la enseñanza universitaria.

Ello es de capitalísima importancia para nosotros, dada la notoriedad más ó menos retórica alcanzada por el nacionalismo histórico entre nosotros por obra y gracia de los festejos del Centenario, fecundo en todo género de cosechas. ¿Qué empresario de patrioterismo no ha agitado la antorcha nacionalista con más ó menos competencia? No bastarían los dedos de las manos para contar los que hablando de la patria «se han puesto las botas», para bailar el tango de «La Coima» sobre el escudo nacional. Pero ¡cómo negar el amor á la patria en esos buenos gauchos? La aman tanto, los «pobres», que no podrían «vivir» sin ella!

Pero, en fin, eludamos semejante tema, que mal se aviene con la higiene mental, y emprendamos un ligero comentario de la triple orientación de la enseñanza de la historia en Alemania. Tenemos, en primer término, la tendencia dinástica.

«El estado, — dice el doctor Quesada, — se propone abiertamente y sin ambajes, moldearlos, (el autor se re-

fiere á los estudiantes), — en lo nacional, dinástico y social, para inculcarles un determinado patriotismo, nacional y particularista á la vez, sólidamente dinástico y resueltamente antisocialista: se trata de una verdadera campaña educacional, con la cual el estado combate á los partidos que considera disolventes, sobre todo los que pueden ser antimonárquicos y los que abiertamente se proclaman socialistas, en sus diversos matices, comunistas, anarquistas, etc.; se considera á esos partidos como un verdadero peligro público, y el estado defiende las instituciones existentes por medio de la imposición de determinado criterio histórico en la niñez y en la juventud, empleando para ello los enormes recursos que el manejo de la pública instrucción—sobre todo de la obligatoria, en las escuelas comunes —pone en sus manos. La disciplina de la historia se convierte, por la fuerza de las cosas, en el renglón más importante del plan de estudios, y en el único en el cual el estado impone *manu militare* su criterio nacional, dinástico y social: en todos los demás, aún en el religioso—en el cual sólo existe un criterio confesional—la enseñanza es objetiva, científica, absolutamente libre de trabas y de orientaciones; en lo histórico debe ser forzosamente la tendenciosa, empleando la asignatura como medio para obtener determinados resultados, sometiéndola al lecho de Procusto de un criterio dado, y haciendo que responda á esos propósitos, no diré deliberadamente falseando la historia ó inventando lo que no ha sucedido, sino dando á veces á lo secundario una importancia tan desproporcionada que aparezca lo que no fué, y callando otras veces lo sucedido cuando no tiene atingencia con lo que se busca hacer resaltar, de modo que la omisión de ésto y la exageración de aquello equivalen á una forzosa mistificación de la verdad histórica, porque—hoy, en todas las escuelas públicas de Alemania—no hay más verdad histórica que aquella que tiende á robustecer el triple criterio nacional, dinástico y social. Lo que le es indiferente, y máxime lo que puede contrariarle, no se le enseña ni menciona, considerándolo como no existente. Es, invirtiendo los términos, la vieja historia expurgada *ad usum delphini*». (1)

Valiente destino le ha tocado á la venerable «magistra vitae». Es lo único que le faltaba para desacreditarse por completo. Hasta ahora creíamos cosa difícil escribir historia. ¿Quién no sentía la profundidad de esta fra-

(1) E. QUESADA, *La enseñanza de la Historia en las Universidades alemanas* pág. 124.

se de Juan A. García: hallar la verdad histórica es un feliz accidente? Pero, no obstante condición tan precaria, la maestra de la vida inspirábanos cierto respeto supercioso; le teníamos la consideración que inspiran los ancianos... «Forse che sí, forse che no», era el lema de las personas sensatas ante las afirmaciones de la historia. Max Nordau acaba de asegurarnos en su «Le Sens de l'histoire» que la historia no es sino la biografía del parasitismo. Hiperbólico y paradójico, como todo lo que dice el autor de «Las Mentiras convencionales de nuestra civilización» nos parecía el dictamen. Mas, ahora, con este segundo capítulo de la obra de Quesada, hemos acabado por convencernos que es merecidísimo el nuevo flechazo inferido á la historia por el avinagrado Juvenal de nuestra época.

Estaríamos, pues, en plena pedagogía de la mentira: la historia convertida en instrumento político por la casa reinante. Se diría que la venerable «magistra vitae», inútil ya para coquetear con el arte, bajo forma de belleza, con la ciencia, so capa de verdad, agotados sus encantos todos, se ha convertido en la doña Brígida del donjuanismo político.

Pero eludamos el comentario de tan nobilísima tercería. No discutamos si en nombre del *Können* se tiene derecho á tergiversar el *Wissen*.

Fundaméntase el criterio nacionalista dinástico en la enseñanza de la historia, dicen algunos pedagogos alemanes, en que el educando no tiene criterio propio, siendo, no obstante, necesario que lo tenga, de lo contrario no hay educación posible. Admitimos la verdad del principio, pero cabe preguntarse si el Kaiser es el más indicado para elegir el criterio. Malgrado sus aires de Pico de la Mirandola, fuera injusto concederle en materia de historia, más autoridad que á un Lamprecht. El de éste será un criterio científico, el del Kaiser necesariamente político.

Supongamos que el Kaiser y Lamprecht, juzgan de diverso modo un fenómeno histórico, ¿en quién debe inspirarse el profesor de historia de la escuela primaria ó secundaria? Claro está que en el primero, puesto que es el criterio que impone el Estado. Y el Estado, naturalmente, impondrá el criterio del partido que esté en el poder. Admitamos por vía hipotética que el partido socialista llegara á ser una fuerza política más urgente que en nuestros días. Más aún: supongamos que en el gabinete habrá un ministro socialista de instrucción pública; es evidente, entonces, que otra será la historia enseñada. De modo, pues, que por

obra y gracia de la política, la plasticidad del cerebro infantil resulta materia electoral. Si bien se mira, el Kaiser en esta materia no profesa criterio muy diverso del que inspiraba á la tal «Escuela Moderna», de Ferrer, donde se enseñaba historia proletaria y anticlericalmente, así como el Kaiser la enseña dinásticamente. En ambos, el fin primordial de la enseñanza no es precisamente la verdad, ó lo que se tiene por tal. Tanto Ferrer como el Kaiser cuentan con la plasticidad del alma pueril para realizar sus ideales políticos. Idéntico espíritu jesuítico les inspira.

Es indudable, pues, que la orientación dinástica en la enseñanza de la historia alemana fomenta el proxenetismo político en el profesorado secundario. El profesor de Historia no es más que uno de los tantos empleados de la casa real. ¿Se replicará que los profesores secundarios, al identificar el interés dinástico con el nacional están en la verdad? Nada más sofístico, por varias razones: en primer término. porque ello equivale á suponer que á la actividad dinástica corresponde la hegemonía entre los factores de la evolución histórica alemana, teoría unilateral ya que la casualidad histórica es más compleja de lo que imagina el Kaiser. En segundo lugar, esa semi-canonización de la dinastía reinante, excluye la posibilidad de la censura. Imaginémonos que alguien escriba la historia en términos tales, que la casa reinante no resulte tan superhumana como ella se pinta. ¿Qué hará el profesor? Lógicamente, ante la perspectiva de perder la cátedra, por razones *gastrosóficas*, cultivará esa forma de tercería política que consiste en ponerle música monárquica á la historia alemana.

Pero lo deplorable de semejante pedagogía dolosa sube de punto en la llamada orientación social de la enseñanza de la historia. Trátase con ella de probar al niño que el socialismo es la bestia negra de la patria alemana. Esta tendencia es de lo más inhábil y pernicioso que imaginarse puede, por una sencillísima razón: así como existe una interpretación dinástica de la historia alemana, seguramente los socialistas imaginarán otra radicalmente antidinástica, que todo obrero socialista, espoleado por sentimientos sectarios, inoculará á sus hijos en el hogar, convencido de que la historia oficial es cosa de «burgueses». Lastimosa condición será la de un pobre espíritu infantil tironeado por tendencias igualmente sectarias! Ya tendremos, pues, la preocupación social amargando también á la niñez. Se olvidan que por cada Kaiser, habrán mil discípulos de Ferrer, todos

igualmente funestos, para el sentimiento de la verdad histórica.

La tendencia nacionalista también merece no pocas censuras, pero es menos deplorable que las anteriores. Y se explica: Alemania cuenta con una grande historia.

El himno alemán, por ejemplo, puede resultar un poco megalómano, acometivo y en exceso bélico y hasta xenofóbico, cosa que, por otra parte, es la plaga de todos los himnos nacionales. «*Deuchland, Deuchland über alles; Deuchland über alles, über alles in der Welt...*».

Es mucho decir, sin duda; pero la grandeza de la historia alemana bien justifica eso que pudiera parecer superlativa fatuidad. Podrá discutirse la consabida afirmación de los pedagogos del Kaiser, empeñados en la tarea de convencer á los alumnos de las escuelas secundarias que la historia universal, á partir del Renacimiento, gira en torno de Alemania; pero, de cualquier manera, por sofística que resulte la tésis, nadie podrá negar cuán legítimo es el orgullo de sentirse alemán, pues se es hijo de una nación que en forma ingentísima ha contribuído al progreso humano. Más aún: su actual enorme energía justifica hasta cierto punto las primeras megalómanas palabras del himno: «Alemania, Alemania, sobre el mundo, Alemania, Alemania sobre todo»... Sin embargo, semejante exaltación nacionalista de la historia presenta un inconveniente, y es que Francia hará idéntica cosa, pues nos dirá que la gran Revolución es la madre de la civilización actual; Italia, claro es, hará otro tanto, exaltando la significación del Renacimiento; en cuanto á España le bastará con invocar la salvación de la cultura greco-latina en Lepanto. Y no hablemos de Inglaterra, la cual no se cansará de molernos los oídos con aquello de «la cuna de la libertad»... Cada nación ostenta, pues, con augusto descaro su penacho más ó menos vistoso. Cada una, en nombre de un pasado glorioso, se cree el pueblo elegido. Pero cumple recalcar un hecho: el nacionalismo de esos países, cuando no es cosa de comerciantes vive de substancia humanitaria. El nacionalismo de ciertas naciones no es sino una intensa aspiración de progreso universal. La historia, es decir, las glorias materiales ó espirituales del pasado, no se las invoca sino como certificados de idoneidad, diremos así, para bregar en pro de la cultura universal. De ahí el carácter á menudo imperialista del nacionalismo. Ello probaría que el patriotismo moderno malgrado todas las sacrosantidades que se le quieran atribuir, tiene carácter instrumental, es decir,

debe concebírsele como un medio para llegar al humanitarismo. Y si bien se mira, es el mejor destino que pudo tocarle, ya que si nos empeñamos en imaginar al patriotismo como cosa que tiene fin en si misma, acabaremos por caer en el prejuicio de los nacionalistas históricos, que suelen ser los peores abogados de la patria por ese prurito retórico que les mueve á concebir la patria como algo pintoresco y que tiene fin en sí misma. Para ellos nada más sagrado que el «color local», que la tradición de la raza, que el perfume de los muertos. Una teoría moderna del patriotismo tiene necesariamente que escuchar las voces de la ética actual, de lo contrario se va en camino de ver destruído el concepto de patria por obra de la más gruesa dialéctica socialista.

Ahora bien: si la historia gloriosa fundamenta el nacionalismo, ¿en qué habrán de fundar el suyo las naciones hispano-americanas? No cumple resolver aquí el problema; pero conviene observar que la cuestión nacionalista en países sud-americanos presenta caracteres tan peculiares que absurdo garrafal fuera aplicarle soluciones tudescas, como alguien entre nosotros intentara. Alemania, por ejemplo, era ya una gran patria antes de que asomara la fanfarria nacionalista. Poco importa que políticamente no existiese pero existía psicológica, idiomática, literaría y filosóficamente. La soberanía no fué sino la coronación de una obra secular. Fichte, con sus «Discursos á la Nación alemana», no creó el patriotismo alemán: lo despertó simplemente. Sus «Reden» no son sino una campanada de alarma frente al napoleonismo. Quiso el gran metafísico evidenciar la existencia de una patria alemana, fecunda en egregios destinos por designio de Dios. Aquellos discursos, rebosantes de metafísica vidente, jamás cabrían en chirumen latino, y mucho menos en el criollo. A tal punto llevaba Fichte su nacionalismo, que llegó al extremo de hacer prodigios dialécticos para dejar á sus lectores convictos de la selecta musicalidad del idioma alemán ¿Y qué alemán no cree en la euritmia de las palabras archipolisilábicas? Empero no obstante lo irrisorio de tales ingenuidades, fecundas, al fin y al cabo, no olvidemos que todo ello se justifica en nombre de una grande historia, de un alma actualmente invicta.

En Alemania hallamos, pues, historia gloriosa, idioma, leyenda, literatura, música, filosofía, etc., antes que nacionalismo. En otros términos: ella existía, como dijimos, psicológicamente antes que en forma política. Precísamente lo

contrario ocurre con las naciones americanas, que si algo tienen de característico son los defectos, amén de que los sudamericanos de origen español no presentan entre sí diferencias esenciales. Las peculiaridades son geograficas é históricas más que etnológicas.

No se ha de negar, naturalmente, que la historia argentina, por ejemplo, ostente algunos fenómenos históricos de trascendencia universal, verbigracia, la independencia, que abrió á la civilización europea la puerta de una gran comarca; pero ella precisamente fué hecha, aparte los motivos económicos, en nombre de una teoría que nada tiene que ver con los principios del nacionalismo histórico. La teoría del patriotismo de Moreno,—muy moderna, por cierto,—concibe el sentimiento de la patria como una forma del sentimiento de la libertad. Allí no se habla de tal ó cual quimérica voz de la raza y demás elementos de la *mise en scène* nacionalista. ¿Quién no ha sentido la profunda finalidad ética de la obra de Moreno, de quién puede afirmarse que fundó una nueva patria en nombre de la humanidad?-

Vemos, por lo tanto, cuán peculiares son los caracteres nacionalistas en las naciones de Sud América. Arrendajo antifilosófico será, pues, resolver el problema inoculándonos soluciones gálico-tudescas. Y por otra parte, cabría preguntarse, después de lo mentado, si no sería absurdo piramidal hablar de pedagogía nacionalista á base de historia sudamericana, cuando harto notorio resulta que ella todavía ostenta marcado continente de cronicón sectario. Cualquiera que no esté obnubilado por importados sedentarismos nacionalistas, habrá de convenir que en nuestro país la historia antes merece ser escrita que adulada. Y escrita de veras, no ya á manera de alegato ó requisitoria, sino con absoluto desinterés, tendente sólo á dar la sensación exacta de la realidad pretérita. (1)

CORIOLANO ALBERINI.

---

(1) En el próximo número continuaremos el análisis de «*La enseñanza de la historia en las Universidades alemanas*», en la parte que esta obra, tan rica de sugestiones fecundas consagra á la enseñanza universitaria germánica y á sus posibles aplicaciones á nuestro país.

BIBLIOGRAFÍA

"La lámpara encendida", por Eugenio Díaz Romero.

El autor de *La lámpara encendida* no es un poeta nuevo. Actúa en nuestro movimiento literario desde hace varios lustros, y figuró entre los miembros entusiastas de la pleyade famosa que encabezara Ruben Dario, conquistando indiscutible notoriedad como director de *El Mercurio de América*, órgano del grupo y paladín de las nuevas tendencias.

Posteriormente ha colaborado en publicaciones de índole diversa. Tuvo á su cargo durante algunos años la sección *Letres hispano-americaines* del *Mercure de France*, y si en verdad no pudiéramos decir que contribuyó desde tan alta tribuna á que en Europa llegara á conocerse lo que se hace y se piensa en esta parte de América—puesto que no fué muy asiduo en el cumplimiento de la misión que se le había encomendado—, es lógico que su nombre, incluído en la nómina de los colaboradores de la importante revista, alcanzase cierta evidencia en los países de habla castellana.

Harpas en el silencio señaló la iniciación de su obra poética y todos sus defectos pueden perdonarse, atendiendo á que se trataba de un ensayo primigenio. Su poema *Raza que muere* acusó un visible progreso sobre la anterior, y por último aparece ahora *La lámpara encendida* como expresión que podemos considerar definitiva de la significación lírica de su autor en nuestra joven poesía.

Una refinada alma de artista alienta en el libro. Cada una y todas sus composiciones han sido concebidas y escritas por un espíritu elegante, incapaz de abandonar en ningún momento la distinción de modales que le es peculiar.

El autor lo considera un «libro de amargura». No me ha causado, sin embargo, la misma impresión. Me ha parecido un libro elegante y frío, más retórico que sentido, del cual está ausente el hondo lirismo, sustituído por la *manera* poética, que por lo general es la decadente, ya bastante pasada de moda.

Alguien, en un libro reciente, ha hecho, á propósito de *La lámpara encendida* una observación aceptable: que Eugenio Díaz Romero tiene el alma, á pesar de los ropajes modernistas de léxico y adjetivación, de un débil poeta discretamente romántico, si bien con tendencias al parnasianismo, de los buenos tiempos anteriores al 90. Y ha señalado la silva como la combinación estrófica donde mejor el poeta se traiciona, como que su libre y desahogada arquitectura, apenas trabada por la rima irregular, si no es realzada por la fuerza de la inspiración interna, degenera en prosa rítmica más ó menos agradable.

Muy inferiores á esas silvas, del tipo de *Canción de primavera* y *Amori et dolori sacrum (Amore et dolore sacrum,* supongo) son las varias composiciones en verso libre que encierra el libro, como *Las pecadoras* ó *Poniente trágico,* en las cuales el artista va zigzagueando, arrullado por la melodía de sus versos largos y cortos y olvidado de lo que es mérito principal de la buena poesía: la honda sobriedad de la expresión. Harto preferibles a tales extensas composiciones son los veintiocho sonetos de *El jardín de las visiones,* que, junto con las silvas aludidas, constituyen las notas más simpáticas del libro.

"Musa errante", por Francisco Aníbal Riú.

Desde que Gabino Ezeiza resolvió embolsar su guitarra para dedicarse cuerdamente á las tareas rurales, habían desaparecido de Buenos Airres los viejos payadores que cantaron noblezas y heroísmos problemáticos.

El señor Francisco Aníbal Riú ha resuelto restaurar el género; y aunque no se dedica á cantarlas, según creemos, escribe sonoras décimas exaltando las cosas de la tierra.

Conceptuamos equivocada la tendencia. No es por ese camino que el señor Riú llegará á la poesía. Versos sonoros, llenos de imágenes destinadas á provocar el aplauso fácil de las asambleas políticas, nunca podrán ser considerados como obras de arte. Es esa una literatura inferior y primitiva,como que, su único objeto ha sido halagar los sentimientos de la masa.

F. J.

«Canto secular», por Eloy Fariña Núñez.

Eloy Fariña Núñez, joven y brillante escritor paraguayo aquí residente, ha rendido á su patria, en su centenario, el homenaje que Lugones rindiera á la nuestra en la soberbia *Oda á los ganados y á las mieses.*

El poeta ha elegido para su *Canto secular*, la forma del verso blanco, y en ella ha desarrollado su conmemoración poética, con nobleza de pensamiento y seguridad de dicción, según un plan semejante al ya adoptado por Lugones en su oda.

Fariña Núñez se ha mostrado digno de la temeraria empresa que ha abordado, al llevar como contribución personal á la elevación y vastedad del tema, una inspiración casi siempre sostenida y vigorosa, que se expande con lenta solemnidad por los mil y tantos endecasílabos del poema.

Casi siempre, digo, porque en ciertos pasajes, el pensamiento nada poético, no realzado por el lenguaje figurado, cuya parquedad se advierte en todo el canto, ni artificialmente salvado por la rima, rebajan el poema hasta el nivel de la prosa de los discursos de circunstancias. Por ejemplo:

Haya también justicia, como impone
La elevada palabra del escudo.
Practíquenla en sus actos y medidas
Los gobernantes que no tienen otra
Misión que la observancia y cumplimiento
De los imperativos categóricos
De la justicia. A sus dictados ciñan
Los jueces sus fallos, y procuren
Poner más bien en libertad á un hombre
Delincuente, que cometer errores.

Ciertamente esta no es la lírica más genuína; pero no es por tales raros pasajes por los que hay que juzgar el *Canto Secular*, sino por los numerosos en que el recuerdo de la espléndida naturaleza y de la muelle raza del Paraguay arranca al poeta acentos sentidos y bellísimos.

«Tenga ó no valor mi oda conmemorativa—escribe el autor—, débole, al menos, el inolvidable encanto de haberme sentido por un instante alma de mi pueblo y corazón de mi raza y el alto placer moral de haber alzado mi canto en el preciso momento en que otros alzaban el puñal

contra la libertad». ¿Es posible no hacer justicia á sus intenciones?

El *Canto Secular* ha sido elegantemente editado por la generosidad de un distinguidísimo compatriota del poeta, el señor Arsenio López Decoud.

«Bajo los astros», por Arturo Marasso Roca.

Arturo Marasso Rocca es el último que acaba de anotar su nombre en la lista de nuestros poetas jóvenes. Presenta como justificativo un librito modesto, nutrido de composiciones de diverso carácter y escuela, excelente como iniciación.

Hay de todo en *Bajo los astros*, cosas malas y cosas buenas, como en la generalidad de los libros primerizos; pero dominan las composiciones delicadas, graciosas y bien hechas, compendiosas expansiones líricas que transparentan nítidamente el alma armoniosa del poeta. Podría citar un manojo de ellas, pues no encuentro otra dificultad que la de la elección. Escojo una cualquiera:

El jardín está florido,
la madreselva engalana
una entreabierta ventana
que es como puerta de un nido.
Canta un áspero gorrión,
y suena serenamente.
su claro chorro una fuente
en una suave canción.
Sueña el sol sobre la arena,
una delicia divina;
y en la mente peregrina,
—ave de paso—una pena
como leve golondrina....
El alma se siente ufana
y dulce, en el fino son
de una vibrante campana:
y entre penumbra lejana,
desfila la caravana,
rosa y oro: de Ilusión!....

Estas fáciles poesías, en que la evocación del paisaje y el sentimiento son conseguidos con cuatro rápidos trazos

son las que mejor caracterizan el presente libro. Hay páginas en él, sin embargo, que son como ventanas que abren sobre muy distintos horizontes: hondas filosofías y valientes imprecaciones que nos hablan de un poeta de fuerte enverdura, vibrante de inquietud metafísica, de emoción religiosa, capaz de darnos una admirable sorpresa en su segundo libro. También podría citar abundantemente, mas, por amor á la brevedad, me limitaré á transcribir un hermoso soneto, *Dios*, en el cual suena una nota varias veces repetida en *Bajo los astros*, semejante á la que no ha mucho escuchara en las poesías de Unamuno:

Mil veces mudo, quedaré Dios mío
ante tu eternidad; soy débil hoja
que se arrastra gimiendo de congoja,
de tu seno en un ámbito vacío.
Eres horror y gloria, la luz clara,
lo inmenso, lo imposible, lo infinito;
en cien millones de épocas mi grito
en eterno correr no te cruzara.
Las vastas nebulosas, el torrente
divino de los astros; la potente
máquina de los cielos, no terminan
ni empiezan: todo alienta en tu profundo
regazo sin riberas; y este mundo
sólo es chispa de llamas que declinan.

«La asistencia social en la República Argentina», por José Ed. Coll.

El doctor Jorge Ed. Coll ha escrito con valiente sinceridad, un trabajo muy bien fundado acerca de uno de nuestros más serios problemas sociales: el de la beneficencia. *La Asistencia Social en la República Argentina* no es un libro sentimental como el que sobre *La caridad en Buenos Aires* publicó meses atrás el señor Alberto Meyer Arana: las distinguidas damas que con entusiasmo, té con leche y subvenciones del estado fundan asiduamente talleres, «conferencias» y asilos, no le conmueven gran cosa, pues él, al considerar el problema desde un punto de vista más extrictamente técnico encuentra que ni lo que se hace es todo lo que podría hacerse, ni tampoco es tanto cuanto se dice.

El más interesante de los capítulos del libro es el que el autor dedica al análisis del fácil ejercicio de la caridad con el dinero oficial, de la falta de organización y de garantía que deriva de ese pulular de asociaciones subvencionadas pródigamente por el gobierno, sin tener siquiera personería jurídica, de la ambigua situación legal de la Sociedad de Beneficencia, y del desbarajuste que todo ello implica—, para arribar á la conclusión de que es necesario organizar de una vez la asistencia social en todo el país, según una legislación más uniforme, segura, económica y eficaz que la que actualmente nos rige—si es que nos rige alguna. A este respecto el doctor Coll expone una serie de principios generales que bien podrían fundamentar un proyecto de ley, por el cual se crease un Consejo de Asistencia Social, esto es, un cuerpo administrador de las rentas de beneficencia que aporta el Estado, dejando á las comunas y provincias el desenvolvimiento de sus propias instituciones.

«Con este criterio de libertad, pero de administración —agrega—, la caridad privada también tomará más impulso, guardándose equidad en cuanto al apoyo oficial y no encargando á las señoras trabajos del Estado, porque precisamente la verdadera misión de ellas está en formar excelentes agrupaciones de caridad».

Yo no sé si nuestros hombres de gobierno leen lo que por aquí se escribe y podría importarles á su función de tales; no sé tampoco si leen; pero no dudo que les convendría hacerlo, pues muy probablemente habrían de serles provechosos, á ellos y á nosotros, los estudios y meditaciones de la ya numerosa legión de universitarios que con desinterés á la par científico y patriótico viene preocupándose por los grandes problemas vitales del país.

Folletos

«*Sarmiento evocado ante la juventud universitaria de La Plata*», *por Ricardo Rojas.*

Una vez más Ricardo Rojas ha puesto su soberbio talento al servicio de una alta causa de idealidad. Dos veces Sarmiento ha sido conmemorado por él en ocasión de su centenario: en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de la Plata. ¿Nece-

sito decir que han sido las notas oratorias más altas que se han escuchado en la glorificación secular del prócer? Tengo presente, editada en folleto, la oración pronunciada en la Universidad platense el 23 de Mayo último: es una pieza de austera elocuencia, por virtud de la cual el auditorio ha de haber sentido como cernirse sobre él aquel númen tutelar de la patria.

Yo que siento la más viva estimación por la bella inteligencia de Rojas, me complazco en poderle tributar mi aplauso entusiasta en esta circunstancia en que me encuentro con él en el amor á Sarmiento, ya que no me es dado seguirlo en su personal prédica nacionalista.

«El Deán Fúnes», por David Peña.

El doctor David Peña, que es entre nuestros primeros oradores uno de los más simpáticos y efusivos — muelle retórico de la escuela de Avellaneda, — habló en representación de la Comisión Nacional del Centenario, en la inauguración del monumento al Deán Fúnes en Córdoba.

El discurso — excelente pieza de historia y elocuencia — ha sido editado por la casa Coni.

R. G.

«La juventud intelectual de la América hispana», por Alejandro Sux.

Desde que Manuel Ugarte comenzara su campaña laudatario en favor de la joven literatura sudamericana, se ha erigido en canon de toda crítica la bondad ilimitada que no tiene palabras para la censura y á la cual sobran ditirambos para todo el mundo.

Sería injusto, indudablemente, juzgar con máxima severidad el esfuerzo de la juventud que en nuestras tierras trabaja por darles una importancia artística que aún no tienen pero, ¿es razonable aplaudir el esfuerzo inútil y la tendencia manifiestamente nociva?

Guiado por otro propósito que no fuese la bondad seráfica y la amistad consecuente, el señor Sux habría hecho con estas semblanzas un libro útil y muy interesante.

«Los nietos de Icaro», por Francisco Camba.

Hay libros de que no es fácil escribir. Sus cualidades, defectos y características no ultrapasan las líneas generales de la bondad común, ni están tampoco por debajo de ellas. Son obras bien hechas, bien escritas, de lectura fácil, con algunos pasajes felices, obras que dejan una impresión agradable, pero que, si vuelve el lector en ellas sobre lo leído, si pretende hallar algo sugerente que incite al análisis, se sorprende de su falta. Estos libros de bondad inofensiva fuera mejor olvidarlos inmediatamente, abandonarlos en una biblioteca y conservar, sin embargo, el recuerdo del vago placer que su lectura nos causara.

No es este un reparo que ponemos al libro del señor Camba. Señalamos solamente una tendencia, especialmente contemporánea, que guiada por la necesidad de «hacer», improvisa hasta las obras de arte. No de otro modo se explica la fabulosa producción litararia europea, que, sin embargo, bien poco notable nos deja. Esta novela, que revela todo un temperamento de escritor ágil é inteligente, tiene la relativa bondad de los muchos cientos que anualmente se escriben en Europa, interesantes todas, con uno ó dos tipos discretamente esbozados, pero cuya psicología, á poco que se analice, se confunde con la de cualquier personaje secundario de la obra.

A veces á la pobreza psicológica salva la belleza del estilo, de la metáfora repetida y justa, del vocabulario inagotable. Tal es el caso del «Forse che si, forse che no», de D'Annunzio, donde los personajes parecen existir para dar pretexto al poeta de exhibir su prosa admirable.

El señor Camba se ha preocupado de sus personajes antes que de su estilo. Desde luego es evidente que la obra del escritor italiano ha inspirado su novela, que no es épica, sino á penas sentimental, como el autor nos dice. Pero ¿cómo ha desarrollado y presentado las pasiones que giran en torno de este sentimentalismo? Escrita esta novela con mayor pericia psicológica, el autor nos hubiera mostrado temperamentos distintos, ó bien sutilizado mejor el amor de Elkins, el nieto de Icaro, y de Agri, que en la novela se confunden en una sorprendente similitud de caracteres y hasta de morbideces.

Fuera de estos reparos que una bondadosa ceguera hubiera pasado por alto, este libro deja la impresión de estar frente á un escritor de verdad que, con reposo y observación mayores, puede darnos buenos frutos que sinceramente deseamos no tarden en llegar.

¿Serán ellos las dos novelas que el autor prepara?

«Napoleón íntimo». Memorias de su secretario particular Fauvelet de Bourrienne.

La casa editorial Hispano-Americana ha publicado la traducción española de las famosas memorias que escribió Bourrienne, el secretario íntimo de Napoleón, para salvarse de serios apuros pecunarios, después de la caída de su gran amigo, á quien él volviera las espaldas en la desgracia, como por otra parte casi todos los que aquel engrandeciera.

Mucho se ha discutido sobre la sinceridad de estas Memorias, y aun hoy mismo se las discute; han sido, sin embargo, fuente predilecta de información de los historiadores, porque á través de ellas la figura del Emperador se destaca con vigoroso relieve, gracias á la abundante cantidad de anécdotas pintorescas que cita Bourrienne, desde la infancia amigo de aquel asombro de los siglos.

La traducción es debida al señor Antonio Muñoz Pérez, y la obra ha sido correctamente impresa é ilustrada con 29 grabados.

J. N.

NOTAS Y COMENTARIOS

Enrique Piñeyro.—Rufino José Cuervo.—Carlos Arturo Torres.

Los diarios y las revistas de las diversas repúblicas sudamericanas nos traen de tiempo en tiempo la triste noticia del fallecimiento de algún espíritu selecto, honra de las letras de la patria, cuya nombradía, en vida, atravesara las tierras y los mares para llegar hasta nosotros.

Nuestra prensa no registra esas muertes. ¡Tan lejos está América de la República Argentina! No muere diputado francés ó capitalista austriaco ó profesor alemán, sin que no nos enteremos de su vida más ó menos fecunda; pero, el cable y por consiguiente nuestras redacciones permanecen ignorantes de otras para nosotros más sensibles pérdidas, la de un Rufino José Cuervo, por ejemplo.

Buena cosecha ha sido la levantada el año pasado por la Segadora. Cayó el primero Enrique Piñeyro, el ilustre crítico cubano. De complexión débil, mezclóse poco en la lucha política activa, aunque acompañó siempre con su simpatía y su estímulo desde el destierro la revolución de su patria por la independencia. Su cultura era tan sólida como profunda, corrientemente adquirida en las fuentes mismas, lo que le facilitara su conocimiento del latín, el inglés, el francés, el italiano, y en los últimos años, aún del alemán, que se propuso aprender. En su vejez se entretenía en la lectura directa de los autores latinos de la decadencia, y, siendo muy joven, ya tradujo con cuidado el *Macbeth* de Shakespeare. Los grandes poetas le fueron familiares desde temprano, y tuvo siempre especial predilección por Leopardi. De los clásicos del teatro español y de los románticos, recitaba de coro escenas enteras, cuando no dramas completos, y cuéntase que era estupendo el florilegio de

líricos castellanos ó extranjeros que retenía con fidelidad su asombrosa memoria.

Su cualidad dominante como crítico, en correspondencia cabal, con su elegancia como escritor, era el gusto, el buen gusto, basado sobre su sólida ilustración, que no sólo fué literaria sino también filosófica, y variada en este terreno, pues su espíritu se abrevó en todas las fuentes: Platón y Spinoza, Kant y Hegel, Spencer y Taine... Escribió mucho, pero sobre todo cultivó la crítica literaria, dejándonos trabajos valiosos como los dos muy leídos sobre el romanticismo español y Quintana, é infinidad de ensayos, entre ellos uno muy curioso, últimamente escrito para *El Figaro*, en que hacía un paralelo entre Safo y la Avellaneda. En sus últimos años propendía á deleitarse en las curiosidades recónditas de la erudición, mostrando en ocasiones un prurito de exactitud hasta nimia, de que empezó á dar muestras en un trabajo relativo á las romances antiguos de España con motivo del magistral que al mismo asunto dedicara don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Ha muerto en París, lejos de su patria, como viviera casi siempre, bien que sin romper con ella jamás sus vínculos filiales, pues en todo tiempo tuvo puestos el corazón y la mente en las cosas de Cuba, en cuyos diarios colaboraba con asiduidad y cuya suerte fué su suprema preocupación.

——No es una muerte que deba lamentar únicamente Colombia, sino todas las naciones del viejo y del Nuevo Mundo, la de José Rufino Cuervo. El eminente lingüista fué para los hispanos-americanos y para la nación española, el mejor mantenedor de la pureza del castellano; el hombre más reflexivo y escrupuloso en sus investigaciones; el conocedor profundo y más competente de su idioma.

La vida mental de Cuervo se aprecia en las obras que ha dado á la publicidad; enamorado de Bello, levantó junto al magno monumento de su gramática otro no inferior, en sus Notas, en las cuales cavó tan original y hondamente. como el mismo gran venezolano en el análisis de la conjugación castellana. Su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* es el mejor pedestal en que puede asentarse su gloria científica; bello exponente de su saber lexicológico, de sus finas apreciaciones en el campo de la psicología del lenguaje, de su seguridad absoluta en la derivación de las voces. señalando las diferencias dialécticas, la tradición erudita, la contaminación analógica, el valor de la etimología popular, pasma por su erudición,

No menos importantes son las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de las cuales preparaba una nueva edición, y que son el libro que en materia de lengua castellana ha enseñado prácticamente más en la América Española y en la Península.

Romania por un lado y el *Bulletin Hispanique* por el otro, han recogido en sus páginas el fruto de sus muchas horas de labor. En las páginas de este último apareció su magistral artículo titulado *El castellano en América*, en el cual refutó energicamente ciertos conceptos que emitiera don Juan Valera sobre la condición política de los países hispano americanos. También debemos anotar su *Gramática latina* en colaboración con Caro, sus *Disquisiciones sobre filología castellana*, la *Vida de Rufino Cuervo*, escrita en unión de su hermano Angel, y otras publicaciones menores, en todas las cuales derramó su admirable saber lingüístico.

Su aspecto moral no fué inferior al mental. Todos los que le conocieron nos hablan con altísimo encomio de su dulzura y generosidad ejemplares. Ha muerto solo y triste, en una Casa de Salud, en París, sin mano cariñosa que le auxiliara, sin mirada amiga que le endulzara los últimos momentos.

Con la muerte de Miguel A. Caro y Rufino Cuervo concluye una época en Colombia. Quizás en la historia de ese país no han brillado nunca dos cerebros de igual magnitud que los de esos dos hombres, cuyos nombres van unidos hasta en los libros, y que han fallecido en pocos años de intervalo.

——Otro maestro se extinguió repentinamente en Caracas, á mediados del año pasado: el colombiano Carlos Arturo Torres. Su nombre se había hecho popular por aquí últimamente, gracias á la publicación por la biblioteca Semperè de su obra *Idola fori*, en la cual hemos admirado la vasta ilustración, la nobleza y profundidad del pensamiento y la fuerza y pulcritud del decir.

Fué jurisconsulto, diplomático, político, poeta... Con su muerte temprana la juventud americana pierde un maestro consagrado y bueno.

Mario Rapisardi.

Ha sido bastante lamentada en nuestros círculos intelectuales la muerte de Mario Rapisardi. Eran muchas las

simpatías de que gozaba aquí el extraño bardo siciliano, así entre quienes le habían leído como entre quienes sólo le habían oído nombrar — los más.—Su satanismo le había hecho famoso y conquistado admiradores fervientes.

Nosotros también lamentamos su fallecimiento, porque hemos gustado siempre en el terrible cantor de *Giobbe* y *Lucifero*, el humorismo áspero y el fiero lirismo, y apreciábamos en él al traductor talentoso de Horacio, Catulo y Shelley. Muy lejos estamos, sin embargo, de ponerlo en nuestra admiración, á la altura de su formidable adversario Giosué Carducci, ó á la del delicioso Giovanni Pascoli, líricos ambos cuya existencia es algo más que un orgullo regional y aún nacional.

La Facultad de Filosofía y Letras.

Una vez más volvemos sobre el tema, ya que el último decreto del Ministro de Instrucción Pública sobre el ejercicio del profesorado secundario, lo ha puesto de nuevo en discusión.

El decreto de nuestro sublime ministro, no reconoce otros títulos especiales válidos que los expedidos por el Instituto Nacional del Profesorado y la sección pedagógica de la Universidad de la Plata.

¿Y la Facultad de Filosofía y Letras? Ya se ha dicho; muchas veces se ha dicho: á los alumnos les queda el derecho á la *pura especulación*!

¡Que tenga siquiera el doctor Garro la franqueza de declarar que no son válidos de ningún modo los títulos que la Facultad expide, sin escudarse con la ambigüedad del decreto que habla vagamente de otros *institutos* que á su tiempo se determinarán!...

No se engañará así á un grupo abnegado de jóvenes estudiantes, que sabrán una vez por todas á qué atenerse, y habrá llegado el momento de pensar seriamente en suprimir la Facultad, pobre obstáculo á un más libre desarrollo de esta espléndida civilización fenicia.

Mientras tanto, aguardamos impacientes el decreto que entregará el monopolio de la enseñanza á la Universidad Católica. Y no se crea que exageramos. Vamos hacia eso.

La Biblioteca Nacional.

En su número de año nuevo, *La Nación*, al publicar las cifras estadísticas de nuestro movimiento de bibliotecas, hacía notar como esas cifras son inferiores á las de una biblioteca municipal de una ciudad de segundo orden de los Estados Unidos.

Sin duda ninguna esas cifras son una vergüenza para nuestra cultura. Principalísimo factor de ello es naturalmente la escasa afición á la lectura del público porteño, solicitado por ocupaciones de más inmediato y tangible provecho; pero conviene dejar constancia también de otro factor que contribuye á disminuir el número de los lectores: la deficiencia de los servicios que presta la Biblioteca Nacional, cuyo horario, así el estival como el invernal, es el más desventajoso de cuantos podían haberse fijado.

De 12 á 5 p. m. en verano, y de 12 á 4, y de 8 á 10 p. m., en invierno, son evidentemente muy pocas y para muchos, la gran mayoría, muy inoportunas horas: una modificación se impone; pero no ha de venir, que nadie lo espere. La Biblioteca Nacional de Buenos Aires debiera de estar abierta por la mañana, la tarde y la noche, hasta las 12 p. m. Sólo así podría satisfacer las exigencias generales, al revés de lo que ahora sucede, que sólo satisface las de su omnipotente Director.

Por el derecho de reunión.

Bien que por el carácter de esta revista, permanezcamos alejados de toda discusión política, consideramos necesario romper por una vez la línea de conducta que nos hemos impuesto, para unir nuestra protesta á la de los demás órganos de publicidad que han juzgado inconsulta la prohibición por el Ministerio del Interior del proyectado mitin socialista en contra de la ley social.

Disposiciones tan arbitrarias, que delatan un criterio de regresión en el actual gobierno, nos afectan á todos, por cuanto suprimen arbitrariamente derechos legítimos que la constitución consagra y amenazan nuestras más elementales libertades, de las cuales bien podría mañana ser una la de opinión.

Y mal decimos *mañana,* pues más acertado fuera decir *hoy,* si se tiene en cuenta la amenaza de aplicación de la famosa ley 7029 lanzada por el Ministro de la Guerra contra uno de nuestros más importantes diarios, que ha juzgado como mejor le ha parecido la actitud del gobierno en la gran huelga ferroviaria.

Cuando en el gobierno se advierte un tan visible espíritu de reacción como el que anima al nuestro de ahora, es deber de todos unirse inmediatamente en la condenación á fin de que tales primeros pasos hacia atrás no sean seguidos por otros de trascendencia mucho más grave.

Uno de ellos ha sido para cuantos ven más allá de sus narices, el decreto presidencial á propósito de la ya mencionada huelga, y, sin embargo, diarios ha habido, y serios, y no asalariados, que lo han aplaudido. Sólo reprobación debía haber despertado un decreto que en vez de contribuir á buscar entre dos bandos en lucha una solución conciliatoria, hace pesar en favor de uno toda la enorme fuerza material y moral de la autoridad, y no encuentra otra cosa que el repetido recurso de la amenaza para conjurar el peligro.

No se necesita tener mucha experiencia para saber qué reacciones traen estos procedimientos anacrónicos.

Erratas.

En los sonetos *Tierras incultas,* de Domingo A. Robatto, publicados en el número 34 de NOSOTROS, se deslizaron las siguientes erratas:

En el soneto primero, verso primero, donde decía:

Tierras incultas que aguarda la mano

Debía decir:

Tierras incultas que aguardais la mano

En el soneto segundo, verso segundo, donde decía:

Coronadas de sol y las espigas

Debía decir:

Coronadas del sol y las espigas

Queda complacido el autor.

——En el segundo de los sonetos de José Lúcas Penna, aparecidos en el último número de NOSOTROS, también se deslizaron dos erratas. En el cuarto verso, en vez de

Como una fácil claridad de luna

Debía decir:

Con una fácil claridad de luna

Y en el noveno, donde decía:

El jardín mudo y eterno de mis días

Debía decir:

El jardín mudo y yermo de mis días

lo cual ciertamente no es lo mismo.

«NOSOTROS».